U. B. C. LIBRARIES

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA
DE D. EDUARDO HIDALGO.

NOBLEZA

OBLIGA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,

de la Real Academia Española.

MADRID.
IMP. DE LOPEZ VIZCAINO, CALLE 4
1872.

PQ
6523
G2835
N62
1872

STORAGE-ITEM
LPC

LPA-D46A
U.B.C. LIBRARY

U. B. C. LIBRARIES

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA
DE D. EDUARDO HIDALGO.

NOBLEZA

OBLIGA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,

de la Real Academia Española.

MADRID.
IMP. DE LOPEZ VIZCAINO, CAÑOS 4.

1872.

PQ
6523
G2835
N62
1872

B
592

NOBLEZA OBLIGA.

NOBLEZA OBLIGA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. ANTONIO GARCIA GUTIERREZ,

de la Real Academia Española.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro del Circo
el dia 25 de Enero de 1872.

MADRID.
IMP. DE LOPEZ VIZCAINO, CAÑOS 4.

1872.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA MARIA.	Sra. Doña Matilde Diez.
DOÑA FRANCISCA.	Srta. Doña Carolina Gilli.
NICOLASA.	Srta. Doña Pía Navarro.
DON DIEGO.	Sr. D. Manuel Catalina.
DON GREGORIO.	Sr. D. Francisco Oltra.
GIL.	Sr. D. Mariano Fernandez.
SANCHO.	Sr. D. Julian Romea.
ALGUACIL.	Sr. D. N. Caballero.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con quienes haya celebrados, ó se celebren en adelante, tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de las Galerías Dramáticas y Líricas de los *Señores Gullon é Hidalgo*, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representacion, y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ADVERTENCIA.

Tenia yo completamente desarrollado el plan de esta comedia, y áun habia escrito algunas de sus primeras escenas, cuando sobrevinieron los acontecimientos políticos de Setiembre de 1868. Por consecuencia de aquellos sucesos, nuevos deberes me hicieron pasar al extranjero, impidiendo por entónces la continuacion de esta obra, hasta que, á principios de 1870, fuí trasladado á Génova, donde con ánimo más tranquilo, pude continuarla, aunque á pausas.

Debo advertir que á nadie, ni á las personas de mi más íntima amistad, habia dado conocimiento del asunto hasta que llegué á Madrid á principios del corriente año. Solo entónces tuve noticia de que mi amigo el Sr. D. Antonio Hurtado habia escrito un precioso dramita en un acto, cuya principal situacion es idéntica á otra del segundo acto de mi comedia. Con este motivo, he dudado largo tiempo si debia darla á luz tal como hoy la publico, y al fin me he decidido á hacerlo, por dos razones: la primera, porque arrancando la menciona-

da escena, desentonaba enteramente el conjunto; y la segunda, porque viniendo mi obra despues de la del Sr. Hurtado, en nada perjudicaba á la suya.

Por lo demás, si entre los que no me conocen puede levantarse alguna acusacion de plagio, solo caerá esta sobre mí; cosa que poco daño puede traer á quien está ya al fin de su carrera.

Génova 12 de Diciembre de 1871.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de doña Francisca: balcon al fondo, y dos puertas á cada lado. La de la izquierda del actor más inmediata al foro, da paso á la escalera que conduce á la calle; las restantes comunican con el interior de la casa. Al levantarse el telon empieza á anochecer, y sale Nicolasa con una luz que deja sobre una mesa.

ESCENA PRIMERA.

NICOLASA; luego SANCHO.

NICOL. Las siete en la torre dan,
y Sancho estará impaciente.
(Se asoma al balcon.)
Un hombre veo allí enfrente,
escondido en el zaguan.
Por si es él, hago la seña.
—El mismo: en punto á la hora.
Dios quiera que mi señora
no venga....

SANCH. Salió tu dueña?
(Por la segunda puerta de la izquierda.)

NICOL. En ocasion oportuna
llegas.

SANCH. Pues con dicha vengo,
hoy hemos de ver si tengo

contigo mayor fortuna.

NICOL. No pierdas tiempo.

SANCH. Oh placer!
Sola! Hay momentos felices. (Abrazándola.)

NICOL. Qué es eso? (Rechazándole.)

SANCH. Pues ¿no me dices
que no hay tiempo que perder?

NICOL. Viene el papel?

SANCH. Sí.

NICOL. Y qué más?

SANCH. Más quieres?—Unos rëales.
(Enseñándole un bolsillo.)

NICOL. Vienen cabales?

SANCH. Cabales.
¿Te he engañado yo jamás?

NICOL. No, desde ayer que te ví
por vez primera.

SANCH. Te aviso
que soy honrado: yo siso
á los amos; pero á tí!
—Esta empresa te confia
mi señor.

NICOL. Sin que me alabe,
bien puede.

SANCH. Y como ya sabe
que te miro como mia;
que este pobre corazon
en llama de amor enciendes...

NICOL. Y qué es eso?

SANCH. No lo entiendes?

NICOL. Soy dura de concepcion.

SANCH. Para que no te atribuya
que cedes solo al reclamo
del oro...

NICOL. Qué has hecho?

SANCH. Al amo
le he dicho que eres mi cúya.
NICOL. A ese extremo te propasas?
tú mi honra ultrajas, traidor?
SANCH. Soy yo un gran ultrajador
de todas las Nicolasas.
NICOL. Venga el papel.
SANCH. Alto ahí.
NICOL. No has oido?
SANCH. Será en vano:
yo he de darlo por mi mano.
NICOL. No fia el señor de mí?
dilo claro.
SANCH. Por las señas!...
Sobre que somos taimados,
estamos ya escarmentados
de todas las alcarreñas.
NICOL. Puras son mis intenciones.
SANCH. Si las conozco.
NICOL. Soy fiel.
SANCH. Quieres quemar el papel,
y guardarte los doblones;
y si mañana pregunta
por el billete su autor,
le dirás; «Calle, señor!
calle, que áun estoy difunta!
No tiene el papel respuesta:
ya he faltado á mi deber.
Jesus! no quiero perder
una casa como esta.»
NICOL. (Será brujo?)
SANCH. Dí si miento.
Tengo, ó no tengo razon?
NICOL. (Si parece que el bribon
me ha leido el pensamiento!)

ESCENA II.

Dichos, DOÑA MARIA y GIL, que vienen de la calle.

NICOL. Alguien se ha entrado hasta aquí.
MARIA. No hay ninguno?...
SANCH. Es ella! (Ap. á Nicolasa.)
NICOL. Quién?
SANCH. Mi señora.
MARIA. Ya no tengo (Descubriendo á Sancho.)
que preguntar: aquí es.
SANCH. (Sermon tenemos: Dios quiera
que no sea largo.)
MARIA. (Con severidad.) Qué haceis
en esta casa?
SANCH. He venido...
ya lo podeis suponer:
por mandato de mi dueño.
Como le tengo esta ley...
MARIA. Basta ya.
SANCH. Para servirle
mejor, quisiera tener
cuatro manos.
GIL. Cuatro manos!
no era mejor cuatro piés?
SANCH. Señor Gil!
GIL. Esto lo digo,
como su oficio es correr...
MARIA. Silencio! salid de aquí. (A Sancho.)
SANCH. Voy, señora.
MARIA. Y vos tambien. (A Gil: este se va.)
NICOL. Y el bolsillo? (Aparte á Sancho.)
SANCH. Ya hablaremos.
No me puedes esconder?
NICOL. Entra aquí.—Pero el dinero...

SANCH. Toma. (Dándole el bolsillo.)
NICOL. (Lo he ganado bien.)
(Entra Sancho por una de las puertas de la derecha aprovechando un descuido de doña Maria, quien examina con curiosidad la casa.)

ESCENA III.

DOÑA MARIA, NICOLASA, y poco despues DOÑA FRANCISCA.

MARIA. Tardará vuestra señora?
decid.
NICOL. No lo suele hacer;
mas si quereis que la diga
algo...
MARIA. Nada: esperaré.
NICOL. (Qué seca y qué displicente
es la dama!) No quereis
sentaros?
MARIA. No.—Siento pasos
en la escalera.
NICOL. Ella es.
(Viendo salir á doña Francisca.)
MARIA. Doña Francisca de Ayala?
FRAN. En qué os puedo complacer?
MARIA. Perdonad... (Con gala lleva
el luto de la viudez.)
Quisiera hablaros á solas.
(Doña Francisca hace una seña á Nicolasa, y esta se va.)

ESCENA IV.

DOÑA MARIA y DOÑA FRANCISCA.

MARIA. Extraña os va á parecer
esta visita.
FRAN. En efecto.
MARIA. Por si no me conoceis,

soy doña Maria del Barco.

FRAN. Y á qué debo esta merced?
—Pero sentaos.

MARIA. No, señora.

FRAN. Honradme.

MARIA. Va á anochecer,
y á estas horas es Madrid
poco seguro.

FRAN. Hablad, pues.

MARIA. Tengo un hijo.

FRAN. Dios le guarde.

MARIA. Un hijo adorado, á quien,
si mis noticias no mienten,
hace tiempo conoceis.

FRAN. Su nombre?

MARIA. Don Luis de Trejo.

FRAN. Verdad; no os lo negaré.
En efecto, le conozco:
mozo bizarro y cortés,
bien quisto, noble y valiente.

MARIA. La gloria de mi vejez. (Con orgullo.)

FRAN. Proseguid.

MARIA. No es necesario,
pues pudisteis conocer
sus prendas, que yo os pondere
el amor que le tendré,
los desvelos que me cuesta,
y el maternal interes
con que sigo paso á paso
su vida en esta Babel.

FRAN. No acabo de comprenderos.

MARIA. Natural es que extrañeis
este paso.

FRAN. Es cierto.

MARIA. Pero

soy madre, y todo está bien
en las madres: cada dia
es mayor el padecer
de mi hijo, y ya de su rostro
me asusta la palidez.
Por su salud tengo miedo,
y yo me he dicho: ¿por qué
sacrificar su ventura
en aras de la altivez?

FRAN. Señóra! (Con orgullo.)

MARIA. No os ofendais.

FRAN. Mas qué tengo yo que ver?...

MARIA. Mucho.

FRAN. Mucho? De qué modo?

MARIA. Os ama don Luis?

FRAN. Tal vez.

MARIA. Tal vez!

FRAN. Como de esas cosas
todos los dias se ven.

MARIA. Hay quien dice que está preso
en la peligrosa red
de vuestros hechizos.

FRAN. Basta!
Puesto que así lo quereis,
no debo ocultaros nada.
Sí, señora, verdad es.
Don Luis me ama, ó á lo ménos
quiere hacérmelo creer;
pero hasta aquí solo ha hallado
en mi corazon desden.

MARIA. Desden!

FRAN. Lo dudais, señora?
Lo juro: no soy mujer
que oculto mis sentimientos.

MARIA. No?

FRAN. Ni tengo para qué.
En fin, no le amo.
MARIA. (Me engaña.
Como si pudiera ser
no amarle!)
FRAN. Y estad segura
de que nunca le amaré.
MARIA. (Me habré engañado?)
FRAN. Soy viuda,
y libre para escoger
al hombre que más me agrade,
me esté mal ó me esté bien.
No tuvo don Luis fortuna
para ganarme el querer;
y como, gracias al cielo,
no conozco el interes...
MARIA. No lo dudo.
FRAN. Soy muy dama
para dejarme vencer
por dádivas; eso queda
para hembras de otro jaez.
MARIA. Me lo han dicho.
FRAN. Y no lo dudo,
señora mia.
MARIA. Ya sé
que sois dama principal.
FRAN. Y muy honrada tambien.
Esto es lo que vuestro hijo
no ha querido comprender.
MARIA. ¿Y si llegara á ofreceros
su mano?
FRAN. Su mano?
MARIA. Esta es
suposicion, nada más:
pero... quién sabe? Tal vez...

FRAN. Fuera inútil.
MARIA. (Con ironía.) No os contenta
su cuna?
FRAN. No es eso.
MARIA. Pues?...
Es capitan de corazas,
maestre de campo, y ayer
gobernador le ha nombrado
su majestad...
FRAN. Qué quereis?
Perdonad: todo eso es mucho:
mas no para mí, y despues...
no me agrada vuestro hijo.
MARIA. (Pues qué quiere esta mujer?)
No os agrada?
FRAN. Acaso el oro
dejo por el oropel;
mas no pidais al cariño
reflexion ni sensatez.
Se quiere... porque se quiere,
vamos... sin saber por qué.
El corazon no razona
para amar ni aborrecer.
En fin, tengo afecto á un hombre,
y no caben á la vez
dos afectos en mi pecho;
que sobre honrada, soy fiel.
MARIA. Ni yo he pretendido tanto.
FRAN. Ya que habeis venido, haced
porque vuestro hijo comprenda
que está empeñada mi fé;
que con tanto perseguirme
nada gana, y al revés,
sobre turbar mi reposo,
se puede comprometer;

que si es valiente, y en eso
fia, que no fia bien;
que su rival, por lo ménos,
es tan hombre como él.

MARIA. La importunidad perdone.

FRAN. Me habeis honrado.

MARIA. Yo haré
que ántes de mucho le mande
salir de la corte el rey.
Y saldrá: yo os lo prometo.

FRAN. Y yo os lo agradeceré.

MARIA. Con esto os dejo.

FRAN. Señora...

MARIA. Quedad con Dios. (Váse.)

FRAN. Id con él.

ESCENA V.

DOÑA FRANCISCA, NICÓLASA, y luego SANCHO.

NICOL. Gracias á Dios! (Saliendo apresuradamente.)

FRAN. Por qué es eso?

NICOL. Porque estaba ya en un potro.
Voy, ántes que venga el otro,
á dar libertad á un preso.

FRAN. Cómo, á un preso?

NICOL. Vais á ver.
(Abriendo la puerta por donde entró Sancho.—Este sale del aposento.)

FRAN. Mas qué haces?

NICOL. Nada que asombre.

FRAN. Un hombre aquí!

SANCH. No tan hombre
como os dignais suponer.

NICOL. Oh! no es grande su denuedo.

SANCH. Me conoce.

NICOL. Yo os lo fio.

SANCH. Tengo mis horas de brio;
pero las más son de miedo.
FRAN. Pero quién es? no me ois?
cómo tiene la osadia
de entrar hasta aqui?
SANCH. Me envia
el capitan don Lüis.
FRAN. Qué es lo que te he dicho?
(A Nicolasa con enojo.)
NICOL. Yo...
FRAN. Por dinero te has vendido?
NICOL. Cierto es que me lo ha ofrecido.
SANCH. Y tambien que lo tomó.
FRAN. Sois vos el que ayer en casa
halló don Diego?
SANCH. Yo soy
ese desdichado.
FRAN. Estoy
muy bien servida! esto pasa?
Si él no ha dado á esta maldad
el merecido castigo...
SANCH. Qué es no dar? esa es testigo.
NICOL. Y con generosidad.
SANCH. Pues tiene fama en la corte
de blando, ese matasiete!
FRAN. Me alegro.
SANCH. No dí el billete;
mas llevé pagado el porte;
y eso al punto que me vió.
FRAN. Y cómo?...
SANCH. Yo os diré el cómo.
Con una mano de plomo
del coleto me agarró:
en esto empezó á decir
á voces: pillo! bellaco!

alca...

FRAN. Basta!

SANCH. Y echó un taco,
que no voy á repetir.
Le dije, yo no sé qué;
pero es hombre que no espera
razones, y en la escalera
me sacudió un puntapié.

NICOL. Hasta el zaguan fué á parar
de cabeza.

SANCH. Eso, á qué viene?
sí, señor: cada uno tiene
su manera de rodar.

FRAN. Y áun sigue en su obstinacion!
pues si os hallara don Diego...

SANCH. Es que el otro, si me niego,
me da la misma racion.
Esto no es temeridad;
ántes busco mi regalo.

FRAN. Regalo?

SANCH. Palo por palo,
me gusta la variedad.

FRANC. Ni he de darle ese placer.
Sácale, y ponle en la calle.

NICOL. Oyes?

SANCH. (Aparte á Nicolasa.) No estoy de ese talle.

FRAN. Y no vuelva á suceder.

NICOL. Nunca más.

FRAN. Ya habeis debido
oir lo que aquí se ha hablado.

SANCH. Con mi señora? he escuchado...

FRAN. Siendo así...

SANCH. Pero no he oido.

FRAN. Pues aguardad, y de todo
don Diego os enterará

de modo...

SANCH. Conozco ya
el modo, que no es buen modo.

NICOL. Silencio!

FRAN. Qué?

NICOL. Pasos siento:
si será... (Corriendo hácia la puerta que da á la escalera

SANCH. (Llegó la hora?)

FRAN. Quién es?

NICOL. Don Diego, señora!

FRAN. Escóndele en tu aposento.

(Nicolasa hace entrar á Sancho por la primera puerta de la izquierda: poco despues salen don Diego y Gil. El primero entra manifestando mal humor; se sienta y contesta con sequedad á las preguntas que le dirige doña Francisca.)

ESCENA VI.

DOÑA FRANCISCA, DON DIEGO, GIL, y SANCHO escondido. NICOLASA se va por la derecha.

FRAN. Mi Diego, qué tienes, dí?

DIEGO. Nada.

FRAN. No hablas?

DIEGO. Para qué?

FRAN. Te han ofendido?

DIEGO. No sé.

FRAN. Vienes enojado?

DIEGO. Sí.

FRAN. Y no puedo yo calmar
tu pena?... Responde.

DIEGO. No.

FRAN. (A Gil.) Oyes? sí, no y qué sé yo.
(A Diego.)
Quiéres hacerme llorar?

DIEGO. Ya sé que pecas de blanda.

FRAN. Tanto como tú de amable.

No, pues cuando yo le hable
otra vez...

DIEGO. Quién te lo manda?

GIL. Ceded un poco.

DIEGO. Ceder!

GIL. Ahora tiene ella razon.

DIEGO. Calla, Gil: mi perdicion
ha de ser esa mujer.

GIL. No lo creo.

FRAN. Eres injusto.

DIEGO. No hago bien?

FRAN. Haces muy mal.

GIL. ¿Qué razon...

DIEGO. Tengo un rival.

FRAN. Tienes un rival? Qué gusto!

DIEGO. Y te alegras!

FRAN. Sí, señor.

DIEGO. Eso da claros indicios...

FRAN. De qué? De los sacrificios
dicen que vive el amor;
y si yo quiero tener
conquistas y glorias tantas,
es por verlas á tus plantas
y hacerte enorgullecer.

DIEGO. (A GIL.) Ella nos convencerá.

GIL. De todo amante el orgullo
es escuchar el murmullo
que en pos de su dama va,
y dice: «Ese es el portento
que á tantos trae sin reposo,
y ese, el amante dichoso
que llena su pensamiento.»
Ella, en señal de bonanza,
paz en sus ojos le ofrece,
y él, aunque no la merece,

la sigue por si la alcanza.

FRAN. Buen Gil! Todo eso tenias
guardado?

GIL. Y más que me dejo.....

FRAN. Será preciso que un viejo
te enseñe galanterias!

DIEGO. Ayer encontré en su casa
un hombre bajo escondido.

GIL. Eso es posible! (Con afectada admiracion.)

FRAN. No ha sido
mi culpa: es de Nicolasa.

DIEGO. La reñiste?

FRAN. Claro está.

DIEGO. Sin echarla?

FRAN. Para qué?

DIEGO. Y á qué vino?

FRAN. Yo qué sé?

DIEGO. A buscarte.

FRAN. Así será.

DIEGO. Hubo billetito?

FRAN. No.

DIEGO. Puedes jurármelo?

FRAN. Sí.

DIEGO. Mientes, porque yo lo ví.

FRAN. Pues sabes más que no yo.

DIEGO. Si no tomara consejo
de la prudencia... Ese criado
vino á tu casa mandado.

FRAN. Por quién?

DIEGO. Por don Luis de Trejo.

FRAN. El capitan? Qué capricho!

GIL. Lo niega con tanto aplomo!...

DIEGO. No la creas.

FRAN. Mientes.

DIEGO. Cómo!

Si el mismo hombre me lo ha dicho.

GIL. Le hablásteis?

DIEGO. Como te hablo;
y áun le eché por la escalera.

GIL. Iria el pobre.....

SANCH. (Entreabriendo la puerta.)
Friolera!
como alma que lleva el diablo.

GIL. Y os admirais!

DIEGO. No me admiro:
ya ves que ni áun se disculpa.

GIL. (Ap. á Francisca.)
Responded algo.

FRAN. Qué culpa
tengo del amor que inspiro,
ni de que me digan cuatro
requiebros?

DIEGO. Me amas?

FRAN. Sí; pero...

GIL. Señora!

FRAN. Si yo no quiero
que sepa que le idolatro.

DIEGO. Es posible!

FRAN. Habrá celoso!

DIEGO. Que busque un hombre defensa
contra eso.

GIL. Mas cuándo piensa
llamarse usarcé su esposo?

DIEGO. Qué te diré? Estoy cobarde.
En mucho aprecio su mano;
pero... pero áun es temprano.

FRAN. (Enojada.)
Pues mira no llegues tarde.

DIEGO. Qué?

FRAN. No disimules más,

ni á esos pretextos acudas.
Tienes dudas?

DIEGO. Quién! yo dudas?

FRAN. Ni áun eso confesarás.
Don Diego! si porque soy
tan liviana en la apariencia;
si porque fácil licencia
de entrar hasta aquí te doy,
has llegado á sospechar
de mi fama ó de mi porte,
gazmoñas hay en la corte
que te sabrán contentar.
Yo no quiero parecer
sino como Dios me ha hecho:
á ellas, pues, y buen provecho;
mas quiero hacerte saber,
que miéntras de esas taimadas
la frágil virtud zozobra,
con la honra que á mí me sobra
aún fueran muchas honradas.

DIEGO. Digo yo que no lo seas?

GIL. Siendo así, qué os intimida?

DIEGO. Es de muchos pretendida.

FRAN. De eso están libres las feas.

DIEGO. Basta.

FRAN. Pero en fin, qué dices?
sean motivos ó pretextos...

DIEGO. Dí: con génios tan opuestos,
pudiéramos ser felices?

FRAN. Opuestos son: no te arguyo;
pero tampoco lo siento:
el placer es mi elemento,
como la tristeza el tuyo.

DIEGO. Ya ves.

FRAN. Pero no imagines

que se excluyen por ser varios;
que los principios contrarios
suelen dar iguales fines.

DIEGO. Tu ligera condicion
es lo que me da desvelos.

FRAN. Si dieras paz á tus celos!

DIEGO. No puedo.

FRAN. Dices que son
de opuesta naturaleza
tu condicion y la mia?
pues templa tú mi alegría,
yo alegraré tu tristeza.

DIEGO. Ah! si eso pudiera ser!

FRAN. No basta quererte mucho?

DIEGO. Cuando hablas así, te escucho,
te escucho con un placer!
Mas luego nubla el temor
esta atmósfera serena.

GIL. Yo sé que señora es buena.

DIEGO. Pues yo la quiero mejor.

GIL. Mal hecho: no hay que apurar
á la mujer.

FRAN. A ese paso
conseguirás...

GIL. Oid un caso
que sucedió en mi lugar.

DIEGO. Un cuento!

GIL. No es cuento: oid.
Años hace,—es caso añejo:—
dicen que encargó el concejo
un San Miguel á Madrid.
Llegó el santo, de un cuartago
atravesado en los lomos:
buena imágen! pero somos
delicados en Buitrago.

Ello es, que sea por desliz
del escultor, sea por arte,
vino, salva sea la parte,
bien dotado de nariz.
Mas no era una imperfeccion
si se quiere; y en efecto,
daba al santo cierto aspecto
simpático y bonachon.
Decíase: «Es cosa brava
el santo, pero áun podia
ser mejor.» Lo que usiria
de decirnos ahora acaba.
Sacaron dos mil apodos
á aquel inocente abuso,
y en fin, la nariz se puso
sobre la nariz de todos.
Como el vulgo dió en hablar
y no le daban de balde
el santo, quiso el alcalde
satisfacer al lugar.
Un artista buitragueño
puso en él mano profana,
queriendo enmendar la plana
al escultor madrileño.
Y dicho y hecho: en un soplo,
aquí monda, allí rebaja;
la nariz fuera de caja
se retiró ante el escoplo;
mas tanto se dió á partido,
digo, la mondaron tanto
y tan bien, que el pobre santo
se quedó desconocido,
y al postrarse el pueblo fiel
delante de aquel retablo,
todos rezaban al diablo:

así quedó San Miguel!
Y yo os digo: á qué ese empeño
de hacerla mejor, teneis?
Mirad, señor, no imiteis
al artista buitragueño.
Haced algun sacrificio
uno y otro.

DIEGO. (Tomando una mano á Francisca.)
Que me place.

SANCH. (Asomándose á la puerta.)
Hola! El señor Gil me hace
competencia en el oficio!

DIEGO. De amarga tristeza lleno,
recuerdo que en mi niñez
mi madre, más de una vez
me rechazó de su seno.
Como me faltó de niño
hasta el maternal amor,
esclavo soy del dolor,
y tengo sed de cariño.

FRAN. Pues bien: no dudes jamás
del mio.

DIEGO. Yo, qué deseo?

FRAN. Te amo tanto, que no creo
que pueda quererse más.

DIEGO. Bien!

FRAN. Pero no hagas alarde
de tus celos.

DIEGO. Desde aquí
me enmendaré; pero, dí:
á qué has salido esta tarde?

FRAN. Se enmendará! Te parece? (A Gil.)
ya va á empezar otra historia.
Si no me voy á la gloria,
yo no sé quién la merece.

DIEGO. Dame esta satisfaccion.
FRAN. Fuí á saber... será locura:
mi buena ó mala ventura.
GIL. En caso de Inquisicion!
FRAN. Salí descorazonada
y he vuelto con más reposo.
Ya sé que serás mi esposo.
DIEGO. Quién te lo ha dicho?
FRAN. Ahí es nada!
Cierta vieja, mi vecina,
esta tarde me lo ha dicho.
GIL. De veras?
DIEGO. Vaya un capricho!
FRAN. Oh! como que es adivina.
DIEGO. Tienes la credulidad?...
FRAN. Y tú no?
DIEGO. Ni por asomo;
ese es un delirio.
FRAN. Cómo?
DIEGO. Y aunque ahora diga verdad,
nadie ve, nadie presagia
lo porvenir. Las mujeres
son crédulas.
FRAN. Capaz eres
de no creer ni en la magia.
DIEGO. Te engañaste.
FRAN. Son antojos?
DIEGO. Pues sí creo.
FRAN. Eso me alegra.
En la blanca?
DIEGO. No: en la negra,
que es la color de tus ojos.
FRAN. Quita! y yo que te creia
de buena fé!
(Se oye ruido en la habitacion donde entró Sancho.)

DIEGO. Qué rüido!...
Oyes?
FRAN. No sé lo que ha sido.
GIL. Qué es eso? (Ap. á doña Francisca.)
FRAN. Desdicha mia!
(Don Diego se dirige á la habitacion, y doña Francisca procura detenerle.)
DIEGO. Yo lo veré.
FRAN. Espera, Diego!
(Vanse por la izquierda.)

ESCENA VII.

GIL, NICOLASA, que sale asustada; luego SANCHO, seguido de DON DIEGO y DOÑA FRANCISCA, que detiene á éste.

NICOL. Halló á Sancho?
GIL. No lo echaste?
NICOL. No.
GIL. Pobre de él si lo encuentra!
NICOL. Ay! qué desdicha!
GIL. Aquí salen.
SANCH. Defendedme!
FRAN. Diego mio!
DIEGO. Aparta!
NICOL. Vírgen del Cármen!
GIL. Señor!...
DIEGO. Quita, ó por mi vida,
voy á hacer un disparate.
GIL. Vuestra merced se reporte.
FRAN. Oye.
DIEGO. Quitaos de delante.

ESCENA VIII.

Dichos y DON GREGORIO.

GREG. Qué es esto, señor don Diego?
qué sucede aquí?

DIEGO. Dejadme,
señor.
GREG. Con vos nada pueden
esas canas venerables?
DIEGO. Perdonad; estaba ciego,
y ese hombre no es el culpable.
(A Sancho.)
Yo haré que quien os envia
en la ocasion me lo pague.
Salid, pues, y que esta sea
la postrera vez que os halle
aquí, porque juro á Dios
que á la tercera te mate...
SANCH. Os prometo...
DIEGO. Basta! basta!
SANCH. (El demonio que lo aguarde).
(Vase corriendo por la puerta que da á la calle: un momento despues se oye ruido en la escalera.)

ESCENA IX.

Dichos, ménos SANCHO.

FRAN. Qué es eso?
NICOL. (Asomándose á la escalera.)
Nada: que rueda
(es su sino) hasta la calle.
DIEGO. Y qué me dirás ahora?
FRAN. Qué he de decir? Que ese achaque
de sus celos, ya parece
enfermedad incurable.
Por tanto, señor don Diego,
oiga unas cuantas verdades.
DIEGO. Qué puedes decirme?
FRAN. Escucha.
DIEGO. No pretendas disculparte.

FRAN. No lo intento.
GREG. Paz, señora!
FRAN. Señor don Diego, ea! guarde
ese matador acero,
si es que ha pensado asustarme.
Curada estoy de valientes:
no hay miedo que me desmaye.
DIEGO. (A don Gregorio.)
Habeis visto?
FRAN. Y esa hoja
nunca ha herido más que al aire.
DIEGO. Pues por qué me detuviste?
FRAN. Lo pregunta!—Por dejarle
bien puesto, ya que sacó
el espadon formidable.
GIL. (A doña Francisca.)
Sed indulgente.
FRAN. Con tal
que no pise mis umbrales
nunca más...
GREG. Pero es posible!
FRAN. No quiero que ni él ni nadie,
miéntras no sea mi marido,
se arrogue derechos tales
GREG. Doña Francisca! Señora!
FRAN. Mi paciencia no es muy grande;
pero lo mismo seria
si tuviera la de un ángel.
Rezad por Santa Francisca (A don Gregorio.)
de Ayala, vïuda y mártir,
y adios, señor don Gregorio.
(Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)
DIEGO. Dejémosla.
FRAN. Que me place.
(Entrando y cerrando de golpe.)

DIEGO. Para siempre.
FRAN. Así lo espero.
(Asomándose un momento y volviendo á cerrar.)
DIEGO. Salgamos de aquí.
FRAN. Buen viaje.
(El mismo juego.)
DIEGO. Ya no vuelvo nunca á verte.
FRAN. Publicaré la vacante.
(Lo mismo y cerrando con mayores brios.)

ESCENA X.

DON GREGORIO, DON DIEGO y GIL.

GREG. ¿Posible es que así os encuentre
cuando vengo á daros plácemes?
DIEGO. Qué es?
GREG. Llego de vuestra casa
donde pensé hallaros ántes.
Vuestra encomienda ha salido.
DIEGO. Razon más para que trate
de quedar como hombre honrado:
es decir, para vengarme.
GREG. De quién?
DIEGO. De don Luis de Trejo.
GREG. Don Luis es mi propia sangre.
DIEGO. Pero, señor! no es posible
que sufra tantos ultrajes.
GIL. Qué importa que la pretenda
si ella no le ama?
DIEGO. Es desaire
para un hombre...
GREG. Ya salieron
á plaza las vanidades.
Don Diego, sabeis si tomo
en vuestros agravios parte:
este no es caso que pida

extremas riguridades.

GIL. Cierto.

DIEGO. Señor don Gregorio
del Barco, los cielos saben
si os respeto, como que
os tengo en lugar de padre.
Mucho os debo: mis aumentos
de vuestro cariño nacen;
mas mi honor...

GREG. Guardad los brios
para más honrado lance.

DIEGO. Ya lo haré: mas si me buscan,
será razon que me hallen.

GREG. En ese caso...

DIEGO. Serán
preocupaciones vulgares:
pero al que no las respeta
se le tacha de cobarde.

GREG. No quiero que de eso os culpen
ni por nada ni por nadie.
Dejad eso á mi cuidado.

GIL. Y vuestra merced se aplaque;
que harto castigo padece
quien es desdichado amante.

DIEGO. Bien está: no ha de decirse
que lo habeis querido en balde.
Y ahora os ruego que salgamos
de esta casa; que hasta el aire
que aquí respiro me ahoga.

GREG. Sea, puesto que así os place;
mas yo sé que bien os quieren...

DIEGO. No hablemos de eso.

GIL. Qué diantre!

DIEGO. Estoy resuelto.

GREG. Salgamos,

pues lo quereis.

DIEGO. Id delante. (Vanse.)

ESCENA XI.

DOÑA FRANCISCA y NICOLASA.

FRAN. (Asomándose á la puerta.)
Se fueron?

NICOL. (Idem á la de enfrente.)
Así parece.

FRAN. (Volverá!) No he estado justa?

NICOL. Pero mucho: así me gusta!
El lleva lo que merece.
Humos tomó de marido
pronto.

FRAN. Piensas que he hecho bien?

NICOL. Vaya!

FRAN. Pues á tí tambien
te espera tu merecido.

NICOL. A mí?

FRAN. Tú has dado lugar
y áun razon á su despecho.

NICOL. Quién! yo? pues qué es lo que he hecho
que os pueda desagradar?

FRAN. Tú? nada!—Habrá trapacera!

NICOL. En conjeturas me abismo!

FRAN. Y agradece que ahora mismo
no te planto en la escalera.

NICOL. Por cumplir con mi deber!

FRAN. No te lo he dicho primero
delante del caballero,
por no darle ese placer,
pero te juro...

NICOL. Ay de mí!
yo...

FRAN. Basta de hipocresía!
Mi opinion desde este dia
no andará en lenguas por tí.

ESCENA XII.

Dichas y DON DIEGO, que ha aparecido un momento ántes á la puerta.

DIEGO. Feliz quien palabras tales
llega á oirte.
FRAN. Qué insolencia!
Quién os ha dado licencia
para pasar mis umbrales?
DIEGO. El cariño.
FRAN. Y los enojos?
DIEGO. No sabes que amor es ciego?
FRAN. Pues yo, mi señor don Diego,
lo quiero con muchos ojos.
Ea! salid de mi casa:
no volvais en ella á entrar.
DIEGO. Con que yo debo pagar
las culpas de Nicolasa!
Porque de tu amor avaro...
FRAN. (Volviéndole la espalda y dirigiéndose á la puerta.)
Basta.
DIEGO. Ni áun quiéres oirme?
NICOL. Ya lo oye ucé. (Ap. á D.ª Franc.) (Teneos firme.)
(A don Diego.)
Me parece que habla claro.
FRAN. (Volviéndose enojada á Nicolasa.)
Qué dices?
NICOL. Lo que usarcé.
FRAN. Eh! Silencio!
NICOL. (Con malicia.) Sea en buen hora!
Yo pensé que la señora
hablaba de buena fé.

FRAN. Y no es así? por qué haces
juicios temerarios?
NICOL. Dais
á sospechar...
FRAN. Qué?
NICOL. Que estais
con ganas de hacer las paces.
FRAN. Paces? jamás!
NICOL. Ya lo veo!
FRAN. Calla!
DIEGO. No es ninguna esclava.
FRAN. Defiéndela!
DIEGO. Como hablaba
tan conforme á mi deseo!....
NICOL. Y al suyo.
FRAN. Al mio?
NICOL. Pues quién
no lo dirá?
FRAN. La embustera!
Jesus! (Esta es la primera
cosa en que me sirve bien.)
(Por el balcon cae una piedra envuelta en un papel.)
DIEGO. (Corre hácia el balcon y se asoma.)
Qué es esto?
FRAN. No ves qué osado?
DIEGO. Es don Luis.
FRAN. Déjalo estar.
DIEGO. (Hablando fuera.)
Ya bajo. (Le he de matar.)
FRAN. (A Nicolasa.)
Guarda esa puerta
DIEGO. (Hablando hácia fuera.) En el Prado?
Id delante que ya os sigo.
FRAN. (Deteniéndolo.)
No saldrás.

DIEGO. No saldré?
FRAN. No.
DIEGO. Quién ha de impedirlo?
FRAN. Yo.
DIEGO. Aparta!
FRAN. No saldrás, digo.
DIEGO. Vive Dios!
FRAN. Y si te excedes...
DIEGO. Te apartas?
FRAN. Ni por asomo.
DIEGO. Cómo has de estorbarlo?
FRAN. Cómo?
(Se dirige repentinamente á la puerta de la escalera, y vase por ella despues de cerrarla por fuera con llave.)
Así: sal ahora si puedes.

ESCENA XIII.

DON DIEGO y NICOLASA.

DIEGO. Ves si su traicion es cierta?
Abre aquí!—La ira me abrasa!
NICOL. Mas cómo?
DIEGO. Arderá la casa.
NICOL. Qué horror!
DIEGO. Pon fuego á esa puerta.
NICOL. Pero estais loco?
DIEGO. No sé.
NICOL. Prender fuego...
DIEGO. Y áun es poco.
Me preguntas si estoy loco!
pues cómo quiéres que esté?
NICOL. Pues que dais en esa tema...
DIEGO. Qué esperas?
NICOL. El caso es grave.
En fin, yo tengo otra llave
DIEGO. Y te estás con esa flema!...

Corre por ella.

NICOL. Os lo digo
porque...

DIEGO. Corre, ó esta daga... (Sin sacarla.)

NICOL. Reflexionad...

DIEGO. Quiéres que haga
un escarmiento contigo?

NICOL. Voy al punto.

DIEGO. Si la infiel
irá en su busca?

NICOL. Aquí está;
pero...

DIEGO. Basta. (Vase precipitadamente.)

ESCENA XIV.

NICOLASA, sola.

Cómo vá!
El diablo cargue con él.
Reportarle quise en vano:
el hombre es tan irascible!
Yo he hecho todo lo posible:
no ha estado más en mi mano.
Si entrambos quieren pendencia,
capricho justo ó injusto,
¿quién les priva de ese gusto?
Tranquila está mi conciencia.
Don Luis busca esta ocasion,
y si no es hoy, otro dia
ha de ser: no es culpa mia...
(Una voz dentro.)
Confesion!

NICOL. (Asustada.) Ay!

LA VOZ. Confesion!

NICOL. Se encontraron! Nicolasa,

mal hiciste!—Jesucristo!
(Aproximándose al balcon.)
Y es enfrente!—Si habrán visto
salir al galan de casa!
—Padre núestro!....—Tate! Ya
viene justicia! No demos
que hacer al diablo: apaguemos.
(Apaga la luz.—Se oyen en la calle diferentes voces que dicen:
Pára! Pára!—Tenle!—Ahí vá!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Sala de la casa de doña María.—A la derecha un balcon con una gran colgadura: al fondo la puerta de entrada, y á la izquierda dos puertas que dan al interior de la casa.—Al levantarse el telon, está doña María rodeada de varios criados, que figuran acabar de rezar.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA MARIA, GIL y criados.

TODOS. Santiguándose.) Amen.
MARIA. Idos á acostar.
(Vanse los criados excepto Gil: doña María se sienta y hace labor.)
Quédate, Gil.
GIL. La señora
tiene qué mandar?
MARIA. Qué hora
es?
GIL. Las nueve van á dar.
—Vais á esperar al señor?
MARIA. Sí: cuando venga, me avisas.
GIL. Bien.
MARIA. Y además, tengo prisa
de acabar esta labor.

GIL. Es para él?
MARIA. Pues para quién
lo hiciera con tanta gana?
Quiero que parta mañana
de Madrid.
GIL. Hareis muy bien.
Mejor está un caballero
en la campaña...
MARIA. Pues dalo
por hecho. Este es un regalo
con que sorprenderle quiero.
Cuando venga lo hallará
en su aposento, y confio
en que este recuerdo mio
de escudo le servirá. (Con tristeza.)
GIL. Considero vuestra pena.
MARIA. Sé que ha de costarme llanto
su ausencia; mas si entre tanto
logra romper la cadena
de ese amor...
GIL. Amor fatal!
MARIA. Yo daré por bien sufrido
mi dolor.—Has conocido
por ventura á su rival?
GIL. Qué rival?
MARIA. El que hace á Luis
competencia, segun voces.
GIL. Ah! Don Diego.
MARIA. Le conoces?
GIL. Si le conozco decis?
Mucho.
MARIA. Y es tal?....
GIL. Es la gala
de Madrid, sin ofender
al señor.

MARIA. Supo escoger
doña Francisca de Ayala.
GIL. En Buitrago se crió
juntamente con vuestro hijo,
y desde entónces colijo
que su enemistad nació.
Buenos cachetes se han dado.
Siempre andaban en querella.
MARIA. Quién era su madre?
GIL. Aquella
doña Inés de Maldonado.
MARIA. Sí.
GIL. Nos la robó la parca,
y el niño quedó sin sombra;
que no lo amaba, y me asombra,
el señor don Pedro Abarca.
MARIA. Por qué?
GIL. No sé: desde luego
no era grande su cariño,
y eso que era, cuando niño,
un lindo rapaz don Diego.
Duró el rencor muchos años,
hasta la muerte...
MARIA. Y qué quieres
deducir? Hay caracteres
por naturaleza huraños.
GIL. La cosa tiene otro nombre.
MARIA. Cuál?
GIL. Desde mi edad primera
conocí á don Pedro, y era
lo que se llama un buen hombre.
De afable, alegre y jovial
en su juventud, le abono:
así es que de aquel encono
pensé, y áun hoy pienso mal.

MARIA. Cuidado!
GIL. Me callo.—En fin,
yo sé lo que me sospecho.
MARIA. Si es algo ruin, es mal hecho.
GIL. No tanto como rüin;
mas pensando, me confundo,
en la razon...
MARIA. Otra vez?
GIL. Qué quereis! á la vejez
se ha visto tanto en el mundo!
MARIA. Qué te he dicho? (Con severidad.)
GIL. Yo la fama
de doña Ines no mancillo.
Qué he de hacer?...
MARIA. Es muy sencillo:
Doña Ines ¿no era una dama?
GIL. Que si era una dama? quién
lo duda? y noble su esposo.
MARIA. Sobre ser muy generoso,
nada cuesta pensar bien.
GIL. Me pesa de mi desliz,
y callo.
MARIA. Don Diego ahora
será feliz.
GIL. No, señora.
MARIA. ¿Es amado y no es feliz?
Explícame eso.
GIL. De modo,
que de aquella vida dura
guarda un fondo de amargura
que le hace dudar de todo.
Aunque ella es casi una santa,
no hay tal celoso en la tierra.
Le da á la pobre una guerra!
Yo no sé cómo lo aguanta.

Pero si bien la da enojos,
no he conocido jamas
tal amor.

MARIA. La quiere?...

GIL. Más
que á las niñas de sus ojos.
Esto es lo que siempre pasa
cuando de veras queremos:
yo hice los mismos extremos
tambien, en vida de Blasa.

MARIA. Fué grande tu amor?

GIL. Profundo:
por eso mismo, como era
tanto mi afecto, quisiera
vivir más lejos del mundo,
para poderla probar
cuánto era puro, acendrado...

MARIA. Qué intentas?

GIL. Cambiar de estado.

MARIA. Quieres volverte á casar?

GIL. Como fuí feliz esposo,
me cuesta más de un suspiro
mi dicha, y ya solo aspiro
á estado más venturoso.
Ser quiero á Blasa, leal,
así en muerte como en vida.
Este fué de mi venida
el objeto principal.

MARIA. Qué estado es?

GIL. El más perfecto.
Vuestro padre allá en un dia
con gusto favorecia
mi vocacion.

MARIA. En efecto,
quiero recordarlo.

GIL. Pésia
mi cortedad, siempre muda,
debió conocer sin duda
que me estaba bien la iglesia.
Y sin duda que debí
merecerlo, en su jüicio,
pues me alcanzó un beneficio.
MARIA. Simple?
GIL. Como para mí.
Ya tuve la colacion.
MARIA. Con voluntad?...
GIL. Qué pregunta!
Pero mi pobre difunta
me quitó la vocacion.
MARIA. Y hoy?
GIL. Hoy es ya diferente:
ya la sangre ha entrado en calma,
y es el cuidado del alma
obligacion preferente.
MARIA. Si miras solo á ese fin...
GIL. Y de paso á mi acomodo.
MARIA. Ya veremos.
GIL. De ese modo
no perderé mi latin.
MARIA. Lo recuerdas?
GIL. Ya lo creo!
Algo olvidé, cosa es clara;
mas sé lo bastante para
rezar un *Confiteor Deo*,
la salve, la letanía
casi toda.
MARIA. Prodigiosa
memoria!
GIL. No era gran cosa
en verdad lo que sabia.

Tres años estuve en lid
con los libros, y aunque diestro,
segun opinó el maestro,
no pasé del *quis vel quid.*
Pero en fin, para mi cholla...
Bastante con eso entiende
el que pasar no pretende
de su misa y de su olla. (Pausa.)

MARIA. No ha venido Sancho?

GIL. No.

MARIA. Tan tarde!

GIL. Como lo oís.
Debe estar con don Lüis.

MARIA. Lo sabes?

GIL. Con él salió.

MARIA. No es razon para que abuse...
pero todo tiene tasa.
Lo he dicho: á nadie en mi casa
permitiré que se excuse
de asistir á la oracion.
Si lo consiento á mi hijo,
ya sabes cuánto me aflijo.

GIL. Tiene ucé mucha razon.
Se está aquí como en un templo;
mas pervirtiéndose va
el Sancho.

MARIA. Y sobre eso, da
á los otros mal ejemplo.

ESCENA II.

Dichos y SANCHO, que aparece en el fondo.

GIL. Ahí lo teneis.

MARIA. (Con severidad.) Sancho, ven.

SANCH. (Aparte á Gil.)

Qué pasa?

GIL. Buena te espera.

SANCH. (Con tal que no haya escalera
que rodar, todo va bien.)

MARIA. Y don Luis?

SANCH. El amó?

MARIA. Es llano!
Hay muchos Luises aquí?
Saliste con él?

SANCH. Salí.

MARIA. Pues bien...

SANCH. Como áun es temprano!....

MARIA. No me seas enredador:
á mí nada se me esconde.
¿De dónde vienes, y dónde
has dejado á tu señor?

GIL. (Aparte á Sancho.)
No la oyes?

SANCH. Y qué la digo?

GIL. Algo que calmarla pueda.

SANCH. (A doña María.)
Hácia San Felipe queda
hablando con cierto amigo.

MARIA. Es cierto que ayer riñó
con otro soldado?

SANCH. Es cierto,
señora.

MARIA. Mas no le ha muerto?

SANCH. Qué es matarle? Ni áun le hirió.
Como es tan noble, y está
de su habilidad seguro,
y tiene el brazo más duro
que se ha visto ni verá...

MARIA. (Con impaciencia.)
En fin...

SANCH. Le quitó la espada.
MARIA. Este hijo ha de ser mi muerte.
SANCH. Siempre riñe de esta suerte:
amenaza una estocada,
pára al contrario y le acosa
buscando los gavilanes...
MARIA. Basta! Basta! No te afanes.
SANCH. Es una treta famosa
y hecha con mucha destreza.
MARIA. Tú en esos lances le pones.
SANCH. (Que lo digan los chichones
que traigo en esta cabeza.)
MARIA. Y á las horas de rezar,
¿cómo es que en vano te llamo?
SANCH. (Qué he de hacer, si para el amo
son las horas de pecar?)
MARIA. No contestas?
GIL. Es cazurro!
SANCH. Siempre quiebra, eso es probado,
la soga por lo delgado.
Quién ha de pagarlo? el burro.
Yo obedezco lo que manda
señor, con vuestra licencia.
GIL. Cómo es eso? Qué insolencia
es esta? ucé se desmanda?
SANCH. Diga; y con qué autoridad
en casa riñe?
GIL. Con qué?....
MARIA. Cállese, Sancho; ¿no ve
que le dobla Gil la edad?
SANCH. Y áun la triplica: eso sí.
MARIA. Pues baste de eso.
SANCH. De modo
que no es razon que de todo
la culpa se me eche á mí.

Si en Madrid á trochemoche
se matan ahora las gentes,
y hay aluvion de valientes
y otras cosas por la noche,
¿es mi culpa? Es fuerte trance!

GIL. (Aparte á doña María.)
Dice bien.

MARIA. Y él que es gallina!...

SANCH. Si no se vuelve una esquina
sin tropezar con un lance!
Y á veces vienen doblados.

GIL. Y no hay justicia?

SANCH. Eso es bueno!
Como Madrid está lleno
de soldados...

GIL. De soldados?
Dí que están, por aficion,
en otras guerras más duchos.

MARIA. Aunque lo parecen muchos,
pocos de véras lo son.

GIL. O son en su mayor parte
soldados de ánimo flaco,
que por las glorias de Baco
abandonan las de Marte.

MARIA. Calla, Gil!

GIL. No los injurio.
De cobardes se desmandan,
y más que de Vénus, andan
señalados de Mercurio.
Mas ¿qué han de hacer los soldados,
si ven á sus capitanes
muy bizarros, muy galanes,
muy lindos y engorguerados,
todo plumas, voto á san!....
que si con ellas volaran,

pronto el socorro llevaran
á Salsas y á Perpiñan?
Mas son, con tanta cimera
y espadones de Toledo,
Icaros que tienen miedo
que se derrita la cera.

MARIA. Epigramático estás.

SANCH. Y enojado.

GIL. Al cielo clamo.

SANCH. Supongo que por el amo
esas cosas no dirás.

GIL. Cómo, si por su valor
le conoce el enemigo?

SANCH. Vaya!

GIL. Por él no lo digo,
que es muy valiente el señor:
ántes no tiene rival.
Don Luis cobarde? Al contrario!
Si dijera temerario...

SANCH. Eso sí.

GIL. Y en lucha igual
no hay hombre que le reporte.
Qué digo? en Madrid no hay tres
tan bizarros: como que es
de los crudos de la corte.

MARIA. No quiero oirle alabar
de eso; entendeis?

GIL. De manera
que al fin...

MARIA. No quiero que muera;
pero ¿por qué ha de matar?

GIL. No es natural que eso os cuadre.

SANCH. Mas como hay tanto importuno!

MARIA. Cuando oigo que han muerto á alguno,
me digo: «Si tendrá madre!»

GIL. (Aparte á Sancho.)
Santa mujer!
SANCH. Y qué amor
tiene al amo!
MARIA. (Levantándose.) Ya he concluido.
Sancho, estarás prevenido
por si viene tu señor.
Que no te duermas.
SANCH. Lo haré
así.
MARIA. Tendrás entreabierta
hasta que venga, la puerta.
SANCH. Sabeis mi afecto...
MARIA. Lo sé,
y en eso te hago justicia.
No os durmais.
(Vase por la izquierda.)

ESCENA III.

GIL y SANCHO.

SANCH. Dios sea loado!
GIL. Qué es eso? La has ocultado
alguna mala noticia?
Y don Luis?
SANCH. Temiendo estoy
que se encuentre con don Diego.
Esa mujer le trae ciego.
GIL. Con tal que salgamos de hoy...
Pero ha habido alguna lid?
SANCH. Eso, á diestro y á siniestro:
mas como este es el pan nuestro
de cada noche, en Madrid!
Vi al amo frente al balcon
de doña Francisca, puesto,

y un momento despues de esto
oí gritar: «Confesion!»
Yo con el alma en un hilo
corrí temiendo un desastre.

GIL. Y qué fué?

SANCH. Nada: era un sastre;
con lo que volví tranquilo.

GIL. Por qué fué?

SANCH. Quién es capaz
de saberlo? Llevaria
dineros.

GIL. Quizá.

SANCH. Y seria
sin duda moro de paz.
Al manso, al que no atropella,
le dan: de esto nadie escapa.
Si los más salen con capa,
los ménos entran con ella;
mas si unos vuelven perdidos,
sin calzas y sin escudos,
otros que salen desnudos
vuelven á casa vestidos.
Y con el tiempo has de ver
que para andar por la villa,
no la capa, la ropilla
tendremos que defender.

GIL. Como hay tántos capeadores
que campan por su respeto!

SANCH. Es verdad; mas te prometo
que estos no son los peores.
El escudero de á pié,
y el cochero, y la fregona,
y el rufian, y la buscona,
con perdon de vuesarcé!
Pues ¿y el criado que sisa?

estos sí, son capeadores.
No sé cómo estos señores
tienen casa, ni áun camisa.

ESCENA IV.

Dichos y DON GREGORIO.

GREG. Gil?
SANCH. El señor don Gregorio!
GIL. Os esperaba.
GREG. Silencio!
Vos, Sancho, á vuestra señora
decidla que á verla vengo
para un asunto importante;
que hablarla al instante quiero.
SANCH. Voy. (Vase.)
GIL. Áun está levantada.
GREG. Y don Luis? está allá dentro?
GIL. No acostumbra entrar en casa
tan temprano.
GREG. Caballero
y soldado, ¿quién pondrá
á sus travesuras freno?
GIL. Aquí viene la señora.

ESCENA V.

Dichos y DOÑA MARIA.

MARIA. Hermano mio; qué es esto?
GREG. Esto es que vivo hace dias
con algun desasosiego,
ó mejor dicho, una pena
que en tí puede hallar consuelo.
MARIA. Conoces mi amor.
GREG. Ya sé

lo que siempre has sido.—Déjanos,
buen Gil.
(Vase Gil.)

MARIA. Siéntate.
GREG. Ahora, escucha...
Mas convendrá lo primero
refrescar ciertas memorias.
Ya sabes que allá en los tiempos
de mi juventud, amé
con apasionado extremo.
Aquel amor que al principio
alentaron nuestros deudos,
creció con la confianza
del legítimo deseo.
De repente, cuando en breve
iba á consagrar el cielo
nuestro cariño, sus padres
anularon el concierto.
Llevados por la codicia
de más rico casamiento,
que era acaudalado el otro,
á nuestra union se opusieron;
y sin piedad, inflexibles,
inexorables al ruego
de doña Ines, la casaron.
MARIA. Sí, hermano: bien lo recuerdo.
GREG. Pues bien: ha llegado el dia
en que ocultarte no debo
el fin de esa amarga historia.
MARIA. Tuvo un fin?....
GREG. Harto funesto.
MARIA. Cuál es?
GREG. Cuando la casaron
llevaba Ines en su seno...
—Infeliz! cuánto ha sufrido

por el error de un momento!

MARIA. Nada me has dicho hasta ahora.

GREG. Era mi rival don Pedro
Abarca, un hombre terrible,
aunque honrado caballero.
Asi fué que le llevaron
sus averiguados celos
á odiar á aquel desdichado...
—Quiero culparle y no puedo.
Pobre niño! ni un halago,
ni el blando calor de un beso,
ninguno de aquellos goces
de nuestros años primeros
conoció el desventurado,
ó los conoció con miedo.

MARIA. Teniendo madre, es posible?

GREG. Sí, que esa madre, temiendo
del ultrajado marido
el rencor siempre despierto,
solo algun instante breve
robado á la paz del sueño
iba á contemplar la cuna
de la noche en el silencio.

MARIA. Desdichada madre!

GREG. Al fin
tuvo por mejor acuerdo
alejarle de su casa.
Juntos en un mismo pueblo
estaban tu hijo y el mio
criándose.

MARIA. Sí: en efecto
creo recordar...

GREG. Desde entónces
he velado desde léjos
por su suerte.

MARIA. Pobre hermano!
tus amarguras comprendo.
—Y sabe que es tu hijo?
GREG. No;
ni lo ha de saber, ni quiero
que lo sospeche: este es
el castigo que me he impuesto.
MARIA. Mas doña Ines Maldonado
ha muchos años que ha muerto:
su esposo tampoco vive.
GREG. No importa.
MARIA. Dónde está el riesgo?....
GREG. Si fué débil doña Ines,
si fué culpable, á lo ménos
quede con memoria honrada
en el alma de mi Diego.
Acúsela de desvío;
pero que ignore su yerro,
y no le pese su nombre
como un infame recuerdo.
—Ahora bien; este hijo mio,
que es hoy un bravo mancebo,
galantea á cierta dama,
que no le mira con ceño.
Tiene un rival, atrevido
cuanto desdeñado, y temo
que resulte una desgracia
entre los dos: á esto vengo.
MARIA. Está en mi mano?....
GREG. Sí, hermana.
MARIA. Qué puedo yo hacer en eso?
GREG. El que en su amor le compite
es tu hijo.
MARIA. Ya te comprendo.
¿No es doña Francisca Ayala

de ese cariño el objeto?

GREG. Lo sabias?

MARIA. Lo sabia,
y he pensado ya el remedio.
Don Luis saldrá para Italia
pronto: yo te lo prometo.

GREG. Y si resiste?....

MARIA. Negarse
á mi expreso mandamiento?
no es posible: mi hijo nunca
se ha atrevido á mi respeto.
Yo le doy ancha licencia
para vivir; es muy cierto:
es hombre, y nunca he pensado
hacer mi casa convento;
mas no sufro rebeldia
en cambio.

GREG. Ya sé que es bueno.

MARIA. Para hacerme obedecer,
me basta decirle: «quiero.»

ESCENA VI.

Dichos, GIL, y luego DOÑA FRANCISCA.

GIL. Perdonadme si á estorbaros
vengo.

MARIA. Algo nuevo sin duda...

GIL. Doña Francisca, la viuda,
está en casa y quiere hablaros.

MARIA. En casa á estas horas?

GIL. Sí.

MARIA. Qué puede haber sucedido?
Hazla que entre.

GIL. Me ha seguido.

FRAN. Dais licencia?

MARIA. Vos aquí?
GREG. Qué es eso?
FRAN. Que os vengo á ver,
temiendo que tanta audacia...
MARIA. Ha habido alguna desgracia?
FRAN. Ha podido suceder.
GREG. Una desgracia!
FRAN. Y muy grave.
Don Luis ha retado á Diego.
MARIA. Y él?
FRAN. Salir quiere; está ciego,
mas le tengo bajo llave.
GREG. Y eso cuándo ha sido?
FRAN. Ahora.
MARIA. Está seguro?
FRAN. Seguro.
No soy mujer que me apuro
con facilidad, señora.
Una vez que le encerré,
y asegurado le ví,
á vuestra casa subí;
(A don Gregorio.)
dicho está que no os hallé.
Dijéronme que podia
veros aquí, que fué brava
casualidad: yo pensaba
hablar con doña María.
MARIA. Si en busca de su enemigo
forzó tal vez...
FRAN. Qué locura!
GREG. Por qué?
FRAN. La puerta es segura,
y la llave está conmigo.
GREG. No pudo por el balcon
arrojarse?

FRAN. Está muy alto.
MARIA. Sin embargo...
FRAN. Es mucho salto,
y si no ha hecho profesion
de volar...
MARIA. (A don Gregorio.)
Bueno será
que vayas.
FRAN. Yo sé el respeto
con que le mira.
GREG. Os prometo
que mi voz escuchará.
Ya ves!
MARIA. Ya veo que el asunto
vá complicándose.
GREG. Voy.
MARIA. Acompáñale, Gil.
GIL. Voy
con vuesamerced al punto.
Id delante.

ESCENA VII.

DOÑA MARIA y DOÑA FRANCISCA.

MARIA. Estais tranquila?
FRAN. Si lo estoy? Qué he de temer?
MARIA. En caso igual, la mujer
más animosa vacila.
FRAN. Pues no ha podido vencerme
el temor: yo tiemblo... y lucho.
MARIA. Oh! Yo os agradezco mucho...
FRAN. No teneis que agradecerme.
Vos teneis vuestro reclamo,
como yo mi norte fijo:

vos mirais por vuestro hijo;
yo por el hombre á quien amo.
Señora, vos no podeis
comprender, estoy segura,
mi admiracion, mi ternura,
porque no le conoceis.
No es de esos lindos que van
llevándose por despojos
las almas, aunque á mis ojos
no hay ninguno más galan.

MARIA. No es pendenciero?

FRAN. (Con orgullo.) Y muy bravo!

MARIA. Y regañon.

FRAN. No lo crea;
y en fin, yo quiero que sea
mi señor, y no mi esclavo.

MARIA. Mas con sus celos, me han dicho
que os da guerra.

FRAN. Así parece,
y es cierto; pero él merece
que le excuse ese capricho.
Señora, el hombre ha de ser
regañon y voluntario
y fiero: de lo contrario
no es hombre, sino mujer.
Yo quiero, en primer lugar,
eso: que como á su prenda
me guarde, y que me defienda;
que yo le haré respetar.

MARIA. Ese noble miramiento
es deber en las mujeres.

FRAN. Si son todos los deberes
de tan fácil cumplimiento!...
Será que le amo; será
que Dios lo ha querido así:

no hay otro hombre para mí,
y os juro que no lo habrá.

MARIA. Sois buena.

FRAN. Gracias á Dios
que me hizo así.

MARIA. Y tambien firme.

FRAN. Tambien.

MARIA. ¿Quereis escribirme
una carta?

FRAN. Carta á vos?
No os entiendo.

MARIA. En esa carta,
que á mi hijo mostrar intento,
fio su convencimiento.
Es necesario que parta
mañana mismo. Escribid
enojada.

FRAN. Eso me place.

MARIA. Decid que su amor os hace
la fábula de Madrid;
que ya vuestra inclinacion
prendida está en el hechizo
de otro amor, y que ya hizo
vuestro pecho su eleccion;
que no teneis voluntad;
que empeñásteis vuestra fé.

FRAN. Y vaya si lo diré!
como que esa es la verdad.

MARIA. Ponderadlo.

FRAN. No teneis
que rogar mucho: al momento.

MARIA. Entrad en ese aposento:
en él recado hallareis
de escribir.

FRAN. Voy á serviros.

MARIA. Tratadle sin compasion.
FRAN. Perded cuidado.

ESCENA VIII.

DOÑA MARIA, luego SANCHO, y un momento despues DON DIEGO embozado hasta los ojos.

MARIA. No sé
cómo he tenido valor...
SANCH. (Sale sobresaltado.)
Señora!
MARÍA. Qué es lo que traes?
Por qué es esa turbacion?
SANCH. Embozado y jadeante
un hombre hasta aquí se entró.
Vedle.
(Sale don Diego.)
DIEGO. Por piedad, señora!
MARIA. Qué buscais aquí? Quién sois?
DIEGO. Nada teneis que temer:
os lo juro por mi honor.
MARIA. Basta: no es que tenga miedo:
mas ¿qué puedo hacer por vos?
DIEGO. Despedid á ese criado.
MARIA. (A Sancho.)
Vete.
SANCH. Mas...
MARIA. Vete.
SANCH. Ya voy.

ESCENA IX.

DOÑA MARIA y DON DIEGO.

MARIA. Hablad.
DIEGO. Dejo herido ó muerto
á un hombre que me agravió.

MARIA. Desdichado!
DIEGO. La justicia
sigue mis pasos, y estoy
sin fuerzas ya, sin aliento.
MARIA. Me dais lástima y horror.
DIEGO. Fué en duelo igual, sin ventaja.
MARIA. Y ¿qué entiendo de eso yo?
Habeis muerto á un hombre!—Pero
conozco mi obligacion,
y estais seguro en mi casa:
os lo juro.
(Se oye ruido fuera.)
DIEGO. Ese rumor...
no ois?
MARIA. Silencio! Parece
que pasan de largo. Voy
á ver si entran en la casa.
Tal vez desde ese balcon...
(Sale al balcon: en el mismo momento viene doña Francisca con la carta en la mano.)

ESCENA X.

DOÑA MARIA en el balcon, DON DIEGO y DOÑA FRANCISCA.

FRAN. Qué miro!
DIEGO. Tú aquí? Qué es esto?
FRAN. No es don Diego?
DIEGO. El mismo soy.
FRAN. Qué buscas?...
DIEGO. A tal extremo
tu perfidia me empujó.
Don Luis queda muerto.
FRAN. (Espantada.) Muerto!
DIEGO. Y aquí hallé mi salvacion.
FRAN. Infeliz!
DIEGO. Le compadeces!

FRAN. Pero estás en un error:
Esa mujer es su madre.
(Señalando hácia el balcon.)
DIEGO. Su madre! válgame Dios!
MARIA. Escondeos. (Volviendo.)
DIEGO. Perdonad,
pero...
MARIA. Seguidme.
FRAN. No, no! (Deteniendo á Diego.)
MARIA. Dejadle.
FRAN. Dejarle!
MARIA. Qué
me dice esa turbacion?
FRAN. Huye, Diego.
MARIA. Es él! y estais (Con un grito.)
desemblantados los dos!
FRAN. Por piedad!
DIEGO. Dejadme!
(Dirigiéndose hácia la puerta del fondo.)
MARIA. Todo
lo comprendo! horror! horror!
DIEGO. Me entregaré á la justicia.
—Aquí está... (Gritando.)
MARIA. Bajad la voz!
Me habeis quitado á mi hijo:
no me quiteis el honor.
DIEGO. Permita Dios que me prendan!
MARIA Bien; pero en mi casa, no.
DIEGO. Señora!
MARIA. Me habeis pedido
mi amparo, mi proteccion.
FRAN. Vienen!
MARIA. Escondeos aquí.
(Le hace entrar en la habitacion primera de la izquierda.)

ESCENA XI.

Dichos y ALGUACILES, por el fondo.

MARIA. Quién es? Quién licencia os dió,
para entrar en mi aposento?
ALG. 1.º Sois aquí la dueña?
MARIA. Soy
doña María del Barco.
ALG. Señora, os pido perdon;
pero han muerto á un caballero,
y aquí ha entrado el agresor.
MARIA. En mi casa?
ALG. Permitidnos...
MARIA. Aquí nadie ha entrado.
ALG. No?
ved que os interesa, y mucho.
MARIA. Ya me ha dicho mi dolor
quién es el muerto.
ALG. Señora...
MARIA. Hijo de mi corazon!
¡Ay de mí, y ay del infame
que esa vida me robó!
Buscadle; no perdoneis
el más oculto rincon.
(Señalando á la segunda puerta de la izquierda: los alguaciles se van por ella.)
ALG. Vamos.
FRAN. Ya puede salir:
(Doña María se asoma al balcon y vuelve á la escena.)
le diré...
MARIA. Todavía no:
está guardada la puerta.
FRAN. Me llenais de admiracion!
Gracias! gracias!
MARIA. Eh! dejadme.
Pensais que lo hago por vos?

ESCENA XII.

Dichos y DON GREGORIO.

FRAN. Oís? (Aplicando el oido.)
MARIA. Es mi noble hermano, (Viéndole salir.)
que como mi sangre tiene, (Con ironía.)
sin duda á prestarme viene
el auxilio de su mano.
GREG. Tienes razon. (Si malicia
tal vez...) Qué es lo que aquí pasa?
MARIA. Aquí?
GREG. Por qué está tu casa
guardada por la justicia?
MARIA. Lo ignora!
GREG. Ya sé que ha habido
una muerte.
MARIA. Eso será.
GREG. Lo sabias?
MARIA. Si allí está
el matador escondido!
GREG. Allí! (Aterrado.)
MARIA. No sabes quién es?
Por qué enmudeces?
GREG. De cierto
no sé...
MARIA. Es posible! ni el muerto?
GREG. Como no tengo interés...
MARIA. Que no! poderoso y grave.
GREG. Poderoso?
MARIA. Veis, señora?
GREG. Explícate.
MARIA. Él solo ignora
lo que todo el mundo sabe.
GREG. Calla!
FRAN. Silencio; por Dios!

MARIA. El reparo es oportuno.
Avisad si viene alguno.

ESCENA XIII.

DOÑA MARIA y DON GREGORIO: DON DIEGO escondido.

MARIA. Solos quedamos los dos.
Hipocresías á un lado!
no ocultes tu regocijo!
El asesino es tu hijo,
y el mio el asesinado.
GREG. No fué asesino!—Perdona!
Cálmate.
MARIA. Me pides calma?....
GREG. (Madre infeliz!)
MARIA. Cuando el alma
parece que me abandona!
GREG. Hermana!
MARIA. Estoy sin jüicio,
sin fuerza, te lo confieso,
agobiada bajo el peso
de este horrible sacrificio.
Pero está mi ira despierta.
GREG. Comprendo bien tus enojos.
MARIA. ¿No ves cómo están mis ojos
volviéndose hácia esa puerta?
GREG. Pero escucha á tu razon.
MARIA. Allí está! Allí!
GREG. Me das miedo.
MARIA. Si yo no sé cómo puedo
contener mi indignacion
y este furor que me abrasa!
GREG. Tu honor se oponga á tus iras
MARIA. Ay, hermano! que ahora miras
por el honor de tu casa.

Siguieras ántes las huellas
de tu honrado padre.

REG. Yo
cuándo fuí...

MARIA. No te enseñó
á pervertir las doncellas.

GREG. Sabes si ese error maldito
con mi pena satisfago.

MARIA. Y yo ¿por qué razon pago
la pena de tu delito?
¡Que sangre tan generosa
por tal mano se derrame!
Mas de su orígen infame
¿pude esperar otra cosa?
Hijo de impudente amor,
del vicio execrable fruto,
¿qué puede dar sino luto,
sino escándalo y horror?
Aprende de mí.

GREG. Conoces
mi pena y remordimiento.

MARIA. Ves? aquella herida, siento
que está llamándome á voces.
Quiero al hijo amado ver
muerto por villano brazo;
y aquí estoy presa en el lazo
inflexible del deber!

ESCENA XIV.

Dichos, DOÑA FRANCISCA apresurada.—Luego ALGUACILES.

FRAN. Vienen!

ALG. 1.º Nada hemos hallado:
no está.

MARIA. No está: si os lo dije!

ALG. Por el dolor que os aflige
os juro que ese malvado...
MARIA. Qué?
ALG. Si hay de por medio dama,
prométoos dar con el hombre,
y áun si supiérais su nombre...
MARIA. Yo no sé cómo se llama.
ALG. Señor don Gregorio: y vos?
GREG. Tampoco puedo...
ALG. Tampoco!
No importa: ó yo puedo poco,
ó le hallo.—Quedad con Dios.
(Vanse los alguaciles.)
MARIA. (Hácia dentro desde la puerta.)
Buscadle, y no seré ingrata.
Al que lo mate ó lo prenda,
le daré toda mi hacienda,
sobre todo si lo mata.
FRAN. (Se asoma al balcon.)
(Se ha salvado!)
MARIA. Esto es atroz.
GREG. Hermana!
MARIA. Cuando imagino
que está cerca el asesino;
que puedo con una voz...
GREG. Calla! Calla por tu vida!
FRAN. Ya salieron.
GREG. Te lo ruego.
MARIA. Déjame.—Salid, don Diego:
franca teneis la salida.
Me ofende vuestra presencia:
huid.
FRAN. Nadie hay en la calle.
MARIA. Ocultáos donde no os halle.
DIEGO. Admiro vuestra clemencia.

MARIA. Ya basta de admiracion:
sin gratitud podeis iros,
porque voy á perseguiros
con tan airado teson,
que iguale á vuestra maldad.

DIEGO. No importa para que vea
en vos...

MARIA. Cuidado no sea
que os pese de mi piedad.
Idos.

DIEGO. Aunque seais crüel
conmigo, soy caballero.
Mi gratitud...

MARIA. No la quiero.

DIEGO. Quedad con Dios.
(Vase por el fondo.)

MARIA. Id sin él.

GREG. Seguidle.

FRAN. Voy.

ESCENA XV.

DOÑA MARIA y DON GREGORIO.

MARIA. (Desde la puerta del fondo y mirando hácia atrás.)
Ya bajando
con rápido paso van.

GREG. María!

MARIA. Sin duda irán
de su impunidad gozando.
Pero ha de salirles cara.
(Corriendo hácia el balcon.)

GREG. Tu nobleza no desmientas.

MARIA. Ya está en la calle!

GREG. Qué intentas?

MARIA. Ya mi casa no le ampara.
—Favor!

GREG. Silencio!

MARIA. Favor!

GREG. (Procurando apartarla del balcon y taparle la boca.)
Hermana!

MARIA. (Desasiéndose de él.)
Para esto hay ley!

GREG. Calla!

MARIA. Justicia del rey!
Por allí va el matador!
(Pausa.)

GREG. Le persiguen!

MARIA. Oh, fortuna!

GREG. No ves? Le van alcanzando!

MARIA. Por fuerza! Irá tropezando
en la infamia de su cuna.

GREG. Halle en tu pecho lugar
mi ruego.

MARIA. No puede ser.

GREG. (Dirigiéndose á la puerta del fondo.)
Pues yo le he de defender.

MARÍA. Pues yo he de hacerlo matar.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion del acto anterior.—Gil está dormitando en un sillon. Don Gregorio viene de la calle, se acerca á Gil y le toca en el hombro.

ESCENA PRIMERA.

DON GREGORIO y GIL.

GIL. Quién es?
GREG. Estabas dormido?
GIL. Dormido no: aletargado,
no más. Como en esta casa
se duerme ya por milagro!
—Buscais á doña Maria?
Debe de estar en palacio.
GREG. Lo sé: la he visto.
GIL. Estuvisteis
allá tambien?
GREG. Y ahora salgo.
GIL. Fuísteis á pedir justicia
contra don Diego?
GREG. Al contrario.
GIL. Al contrario!
GREG. Aunque don Luis

fué mi deudo, y tan cercano,
yo no escucho á mis rencores:
mi nobleza habla más alto.

GIL. Muy bien dicho!

GREG. Y sobre todo,
¿qué es lo que ya remediamos
en esto?

GIL. Es verdad.—Teneis
un corazon espartano.

GREG. Basta, Gil.—(Cómo le digo?....)

GIL. Os honra mucho ese rasgo.
—Y el rey?

GREG. No ha querido oirme.

GIL. Es posible?

GREG. Está enojado
por esa muerte, que tiene
á Madrid lleno de espanto.

GIL. Todos los dias se cuentan
en la corte de esos casos,
y nadie hasta aquí...

GREG. Otra cosa
me ha puesto en mayor cuidado.

GIL. Cuál es?

GREG. Que su majestad
ha recibido en su cuarto
á mi hermana.

GIL. Y á vos no!

GREG. Temo...

GIL. Pero al fin y al cabo
la sentencia áun no ha salido.

GREG. Te engañas.

GIL. Cómo! Me engaño?

GREG. Por el mismo presidente
sé que ha sido condenado
don Diego.

GIL. A destierro?
GREG. A muerte.
GIL. Habeis dicho á muerte!—Y cuándo?....
GREG. Mañana mismo.
GIL. Tan pronto!
GREG. Se dan prisa á castigarlo,
porque sirva de escarmiento.
GIL. A un Abarca y Maldonado!
GREG. Si mi hermana es inflexible,
yo no sé cómo evitarlo.
GIL. Mas para eso, debe haber
algun remedio, qué diablo!
GREG. Si el rey se empeña...
GIL. Perdone
su majestad si le agravio;
pero si él quiere que muera,
yo me empeño en lo contrario.
GREG. Delirios, Gil!
GIL. Solamente
en esto no conformamos
yo y el rey.
GREG. Ya solo queda
un medio, y hay que tentarlo.
GIL. Cuál es?
GREG. La causa inocente...
GIL. Doña Francisca?
GREG. Está abajo
esperándola.
GIL. Infeliz!
Qué intenta?
GREG. Salirla al paso.
GIL. No se hallarán: desde aquel
triste lance, solo ha entrado
por la puerta del jardin,
quien sabe si recelando

estos encuentros.

GREG. Tal vez.

GIL. Mas descuidad: yo me encargo
de que la vea, aunque luego
caiga sobre mí el chubasco.

GREG. Gracias, Gil.

GIL. Y por qué, gracias?
Ah, señor! yo no hago tanto
como vos, porque yo era
poco menos que un extraño
para don Luis; pero vos!...:

GREG. (Me avergüenza.)

GIL. Siento pasos.

ESCENA II.

Dichos y DOÑA MARIA, de rigoroso luto; sale por la izquierda.

MARIA. Quién es?

GREG. Yo soy: te esperaba.

MARIA. ¿No ha de haber paz ni descanso
para mí?—Qué buscas?

GREG. Busco
á una hermana... y no la hallo.

MARIA. (A Gil.)
¿No te he dicho que no quiero
que éntre nadie?....

GIL. Sin embargo...

MARIA. Calla!

GIL. Pensé que seria
una excepcion vuestro hermano.

MARIA. No hay excepcion.

GIL. Perdonad.

MARIA. No permito á mis criados
que descuiden sus deberes
ni interpreten mis mandatos.

GREG. Pero...
MARIA. Ya sé á lo que vienes;
mas como ha de ser en vano
todo, todo...
GREG. En vano dices?
MARIA. Pues te atreves á dudarlo?
GREG. Óyeme.
MARIA. No!—Sal de aquí.
GREG. Te atreverás...
MARIA. Sal, ó llamo
á mis gentes.
GREG. Qué?
MARIA. No todos
deben de estar sobornados.
GIL. Qué decis, señora?
MARIA. Que esto
pasa ya de desacato.
GIL. (Aparte á don Gregorio.)
Dejémosla.
GREG. Adios, Maria:
acaso no está lejano
el dia en que te arrepientas
de tus rigores.
MARIA. (Con indiferencia.)
Acaso.
GREG. (Dirigiéndose con Gil á la puerta de salida.)
Adios, pues.
GIL. (Aparte á don Gregorio.)
Doña Francisca
tal vez logre...
GREG. No lo aguardo.
GIL. Con la mujer puede más
que las súplicas, el llanto.
(Vanse por el fondo.)

ESCENA III.

DOÑA MARIA, sola.

Al fin me dejan en paz!
—Infeliz de mí! paz digo!
¿Cómo, llevando conmigo
este recuerdo tenaz?
Imposible! desde aquel
dia, con saña creciente
siempre lo tengo presente
para embrïagarme en él.
—Gran Dios! por qué estuvo muda
vuestra clemencia este dia?
Señor! Señor! Dudaria,
si cupiera en mí la duda.
Ay! que ese castigo impio
debió de estar reservado
para un horrible pecado;
y cuál es, cuál es el mio?
Yo no he olvidado un momento
el honor, mi mejor prenda,
ni he abandonado su senda
en obra ni en pensamiento.
Doncella de noble porte
y ejemplo de hijas he sido,
y de mi honrado marido
fiel y sumisa consorte.
Hasta con dureza adusta
hice acatar y acaté
de vuestra divina fé
la santa verdad augusta.
Señor! decidme: ¿sois vos,
vos el que así me maltrata?
—Pero qué digo? insensata!
tú pides cuentas á Dios!

No le estimaste en tal grado
ese bien que tu alma llora,
como te quejas ahora
por habértelo quitado.
Bueno es que áun al mal más leve
hagamos grandes extremos,
y el más alto bien miremos
como don que se nos debe.
Y á más, ¿porqué de este modo
justificándome estoy?
quién me ha dicho que no soy
merecedora de todo?
Porque á mis padres honré
y respeté á mi marido,
¿quién dice que no he cogido
lo mismo que yo sembré.
Conciencia, oigamos verdades:
como era mi regocijo,
yo he permitido á aquel hijo
peligrosas libertades.
¿Quién dice que en sus livianas
amorosas imprudencias
no ha pervertido inocencias,
y no ha deshonrado canas?
Alguna vez un murmullo
de quejas llegó hasta mí,
quejas que yo desoí
encastillada en mi orgullo.
Y dije: «Y hay quien se asusta?
La juventud bulliciosa
se divierte; pues ¿hay cosa
más natural ni más justa?»
Pues bien! encontró un rival
más venturoso ó más fuerte,
y halló en su espada la muerte:

¿hay cosa más natural?
Mio, mio fué el error,
y aquí mi castigo empieza;
pero pequé por flaqueza
y exceso de loco amor.
Piedad! Piedad para aquel
por quien derramo este llanto!
Si ha de haber penas, Dios santo,
quiero sufrirlas por él.
Dadme que en acerbo duelo
lamente al hijo perdido:
solo una cosa no os pido,
Señor! que me deis consuelo!

ESCENA IV.

DOÑA MARIA y DOÑA FRANCISCA por el fondo.

MARIA. Quién se ha entrado aquí?
FRAN. (Levantándose el manto.) Yo soy.
MARIA. Doña Francisca!
FRAN. (Arrodillándose.) Piedad!
MARIA. Esto es inaudito!—Alzad!
Alzad, digo.
FRAN. Bien estoy.
MARIA. Todos, todos contra mí
se vuelven.
FRAN. No; es que no hay puerta
que mi afliccion no halle abierta.
MARIA. Luego ya no mando aquí?
Señora, á qué habeis venido?
qué me quereis? cómo es?....
FRAN. Que me hallais á vuestros piés?
Pues no lo habeis comprendido!
Pretendo, y no me sonrojo,
en medio á desdichas tantas,
arrastrarme á vuestras plantas

hasta aplacar vuestro enojo.

MARIA. No lo intenteis.

FRAN. Mi afliccion,
mi dolor...

MARIA. Es loca empresa.

FRAN. No lo digais.

MARIA. Ahorraos esa
inútil humillacion.

FRAN. Inútil!

MARIA. Soy inflexible.

FRAN. No! al llanto de una mujer (Levantándose.)
infeliz, no puede ser
otra mujer insensible.

MARIA. Señora, no ha mucho entró
en vuestra casa, llorosa
una madre cariñosa.

FRAN. No habeis olvidado?....

MARIA. No.
Aquella madre, de extrañas
aprehensiones impelida,
iba á pediros la vida
del hijo de sus entrañas.
Recordais vuestro desvio?
Ahora pedís por don Diego:
yo desoigo vuestro ruego,
como vos ayer el mio.
Con invencible teson
me rechazásteis, señora.
Vos odiábais, yo ódio ahora:
ambas tenemos razon.
(Pausa.)
—Os lo he dicho ya; pedís
en vano.

FRAN. Si yo comprendo
todo lo que estais sufriendo!

MARIA. Que lo comprendeis decís!
Imposible.

FRAN. Os juro...

MARIA. Es esta
pasion que vos no entendeis;
sin ser madre, no sabreis
lo que aquel hijo me cuesta.
Con incesante inquietud,
con amorosa constancia,
le amparé desde la infancia
á la alegre juventud.
Con el instinto que avisa
á las madres, le he seguido
sin que perdiera un gemido,
ni tampoco una sonrisa;
que son las glorias mayores
que tenemos las mujeres,
gozar ajenos placeres,
sufrir ajenos dolores.
Hallo tras de tanto anhelo,
por una infame venganza,
contento, gloria, esperanza,
derribados por el suelo;
y este rencor no quereis
que el corazon me taladre!
Preguntad á cualquier madre...
á la primera que halleis.

FRAN. Dios perdonó!....

MARIA. Pero vos
lo hiciérais? Qué habíais de hacer!
(Respondiendo á un movimiento afirmativo de doña Francisca.)
No! para eso hay que tener
toda la bondad de Dios.

ESCENA V.

Dichas y DON GREGORIO, por el fondo.

GREG. Basta ya, basta de ruego.
Ya veis que no puede nada
con ella: está decretada
la desdicha de don Diego.

MARIA. Has dicho bien; ni hay perdon
ni piedad...

FRAN. Y la nobleza?

MARIA. Habla la naturaleza
más alto que mi blason.

FRAN. No perdona vuestro hermano?
Sangre suya es la vertida,
y se vuelve al homicida
para tenderle la mano.

MARIA. (Irónicamente á don Gregorio.)
Es eso verdad?

GREG. Porqué
lo dudas?

MARIA. Eso te falta!
Dí la verdad en voz alta,
ó si no, yo la diré.
Recibiste parabienes?
Justo será que los tornes.

GREG. Qué quieres?

MARIA. Que no te adornes
con virtudes que no tienes.

GREG. (Aparte á doña María.)
Oh! ya que insultas mi duelo,
da mis yerros al olvido.

MARIA. Dí á esa mujer que has mentido;
Dila que ofendes al cielo.

GREG. Lo confesaré.
MARIA. Tu doble
conducta es torpe y villana.
GREG. Tuya es mi nobleza, hermana.
MARIA. Pues te tienes tú por noble?
Responde.
GREG. Sin duda alguna.
FRAN. (No entiendo...)
GREG. Lo que otros valgo.
MARIA. Mientes! Para ser hidalgo
no basta la ilustre cuna.
No se heredan los blasones
sino á costa de supremos
deberes, porque tenemos
muy altas obligaciones.
Quien eso ignora, no diga
que es hidalgo, ni áun honrado.
GREG. Basta!
MARIA. Si lo has olvidado,
sabe que nobleza obliga.

ESCENA VI.

Dichos, y GIL por la izquierda.

GIL. (Aparte á doña Francisca.)
Qué hay?
FRAN. Que Dios nos abandona.
GIL. No se ha conseguido nada?
MARIA. (Viendo á Gil.)
A qué vienes?
GIL. Con perdon,
vengo...
MARIA. Te ordeno que salgas.
GIL. Señora...
MARIA. No oyes?

GIL. Primero
me habeis de oir. Yo aguardaba
mejor ocasion: no importa;
la buena intencion me salva.

MARIA. ¿Es algo que pueda...

GIL. Mucho,
y os interesa.

MARIA. Qué es? Habla.

GIL. Puesto que me dais licencia,
oid: la historia no es larga.
Treinta años há, casi á un tiempo,
á nuestro pueblo llegaban
dos hermosísimos niños
de singular semejanza.
Parecian dos gemelos,
y en verdad que no eran nada
parientes; ántes venian
de dos familias contrarias.

MARIA. Qué nos importa?....

GIL. Uno de ellos
era, por no sé qué causa,
de su padre aborrecido,
y la madre, que temblaba
por la vida de su hijo,
concibió una idea extraña.

GREG. Y era esa idea?....

GIL. Temiendo
del padre las amenazas,
decidió poner al niño
al abrigo de su saña.

GREG. No era doña Inés?

GIL. La misma.
Resuelta, determinada
á todo, apeló al soborno.

MARIA. Qué te detienes?

GIL. El ama
á quien fió la criatura,
largamente sobornada,
trocó los niños.
GREG. Qué has dicho,
Gil?
MARIA. Pero eso es una infamia!
GIL. Una infamia; sí, señora:
teneis razon en llamarla
así, que os toca de cerca.
MARIA. Gil! qué dices? habla! no hablas?
GIL. Qué! No lo habeis comprendido?
MARIA. Pero eso... Jesus me valga!
es matármelo otra vez!
GIL. Oid.
MARIA. No teneis entrañas?
GREG. (Yo no sé lo que recelo!)
MARIA. ¿En qué os ofenden mis lágrimas,
que hasta pretendeis cegar
la fuente de donde arrancan?
Pero dime: eso no pudo
suceder, es cosa clara,
sin ser cómplice tu esposa.
GIL. Oh! no! mi difunta Blasa,
como saben vuesarcedes,
era una mujer honrada.
GREG. Y no conoció el engaño?
GIL. Qué quereis? como acababa
de recibir al muchacho
y cayó con la cuartana,
estuvo de la criatura
por algun tiempo alejada.
En su enfermedad, Teresa
era la que el pecho daba
á ambos chicos. ¿Quién habia

de abrigar desconfianza?....

FRAN. (Aparte y con alegría á don Gregorio.)
Salvaremos á don Diego;
no es verdad?

GREG. (Sombrío.) Quién sabe!

GIL. Y gracias
que en su última enfermedad
la tocó Dios en el alma,
y ántes de morir me hizo
la relacion de su falta.

MARIA. No era mi hijo!

GIL. Ya no os toca...

MARIA. Cómo no! muera el que mata.
No tiene fuerza bastante
ni áun esta nueva desgracia
para ahogar en mí el ardiente
deseo de la venganza.
Que no era mi hijo! Le quise
como á tal, y eso me basta.

GREG. Sabrá la verdad el rey.

MARIA. Y yo me echaré á sus plantas
segunda vez, implorando
su justicia soberana.

FRAN. No lo hareis.

MARIA. Quién me lo veda?

GIL. Quién, señora? hay circunstancias
en la vida...

MARIA. No hay ninguna
que pueda...

GIL. Y extraordinarias.

MARIA. Qué quieres decir?

GIL. Que á veces
la casualidad prepara...
En fin, que suceden cosas
que parecen inventadas.

MARIA. Prosigue: qué te detiene?
GIL. Ántes secad vuestras lágrimas.
Vuestro hijo...
MARIA. Pues tengo hijo?
GIL. No vivireis solitaria.
Hasta saber que existia
no he querido decir nada.
MARIA. Vive!
GIL. Sí, señora, vive.
GREG. (No hay duda ya: Dios me valga!)
GIL. No os alegrais?
MARIA. Oh! sí; pero...
en un dia no se ama,
y el cariño maternal
tiene diferentes causas.
No! no nace solamente
del dolor de las entrañas!
tienen su parte tambien
los cuidados de la infancia:
es la niñez candorosa;
es la juventud bizarra,
peligrosa, alegre, llena
de inquietudes y esperanzas;
es la memoria que encierra
todas las horas pasadas
en el calor, en la dulce
intimidad de la casa.
Vendrá ese hijo, y no sabré
encontrar una palabra
que en él despierte un recuerdo.
FRAN. Prodigios el tiempo labra.
MARIA. Él me contará la historia
de su existencia, pasada
léjos de su madre, léjos,
entre personas extrañas,

y á ellas volverá los ojos:
siempre llamará con ánsia
á los que con él partieron
alegrias y desgracias.
Quisiera amarle... —Di, Gil:
ese hijo, cómo se llama?
Le conozco?

GIL. Sí, señora.

MARIA. Su nombre?

GIL. Don Diego Abarca.

MARIA. El matador!....

GIL. Sí, señora.

GREG. (Corazon, no me engañabas.)

MARIA. Desdicha mia! hasta dónde
pretende llegar tu saña?

FRAN. Valor, señora!

MARIA. No tengo
fuerzas ya: ¿cómo se cambia
el ódio en amor?

FRAN. Quién sabe?

MARIA. En fin... en fin, Dios lo haga!

GREG. (Aparte á doña Maria.)
Áun no lo has adivinado
todo.

MARIA. No? pues qué más falta?

GREG. Lo más terrible.

MARIA. No entiendo.

GREG. El niño que se criaba
á par del tuyo, era...

MARIA. Quién?

GREG. El de aquella desdichada:
el mio.

MARIA. Es verdad!

GREG. Ahora
me toca á mi la demanda.

MARIA. Con qué derecho?
GREG. Desde hoy
puedo decir en voz alta...
MARIA. Qué dirás?
GREG. La verdad.
MARIA. Esas
son verdades que se callan.
—Oye, Gil.
GIL. Señora?
MARIA. Entra
allí.
GIL. Qué quereis?
MARIA. Declara
por escrito, lo que ahora
de revelarnos acabas.

ESCENA VII.

Dichos, menos GIL, que se va por la segunda puerta de la izquierda.

MARÍA. Tú, hermano, irás á palacio
con pliego mio: levanta
el arresto de mi... hijo,
y hazle venir á su casa.
Quiero hablarle: quiero ver
si al ménos leo en su cara...
FRAN. No lo dudeis.
MARIA. Sí: tal vez
halle alguna semejanza...
—Pero, tú eres su enemigo.
GREG. Sí, lo soy; pero descansa
en mí: te ofrezco traerlo
á tu presencia: te basta?
MARIA. Sano y salvo?
GREG. Sano y salvo.
MARIA. Jura...

GREG. Te doy mi palabra.
MARIA. Bien está.
GREG. Solo esto ofrezco:
entiéndelo bien.
MARIA. Sí; gracias.
Pero si mañana...
GREG. Quién
sabe lo que hará mañana?
MARIA. (Yo lo salvaré.)
(Vase por la primera puerta izquierda.)

ESCENA VIII.

DOÑA FRANCISCA y DON GREGORIO.

FRAN. (Gozosa.) Ya habeis
oido.
GREG. Sí; demasiado.
FRAN. Pero os encuentro turbado!
GREG. Yo, señora?
FRAN. Qué teneis?
GREG. Nada.
FRAN. No sé qué adivino,
qué leo en vuestro semblante.
GREG. Qué os importa?...
FRAN. ¿No es mi amante
don Diego, vuestro sobrino?
GREG. Por qué le llamais así?
FRAN. Teneis razon: no os asombre.
Le amaba con ese nombre;
don Diego le conocí.
GREG. Vuestra suerte me interesa.
FRAN. No lo dice vuestra cara.
GREG. Extraña aprehension!
FRAN. Jurara...
GREG. Qué?

FRAN. Que de mi dicha os pesa.
GREG. Pronto á don Luis ver espero
libre: vais á ser su esposa.
Puesto que sois tan dichosa,
qué más quereis?
FRAN. Qué más quiero!
Deseo, ya que mi estrella
felicidades me augura,
que celebreis mi ventura,
y que tomeis parte en ella.
GREG. No puedo.
FRAN. Por qué?
GREG. No puedo.
FRAN. Hay causa?
GREG. La hay.
FRAN. Justa?
GREG. Y grave.
FRAN. No me la direis?
GREG. Quién sabe!
Pronto quizás.
FRAN. Me dais miedo.

ESCENA IX.

Dichos y DOÑA MARIA, con un pliego.

MARIA. Hermano?
GREG. Escribiste?
MARIA. Fio
en tu promesa.
GREG. Bien puedes.
MARIA. Está entre negras paredes
padeciendo el hijo mio.
GREG. (Tomando el pliego.)
Corro á salvarle.
MARIA. ¿Querrá

perdonar mi error?

GREG. Qué dices?
Siempre los que son felices
perdonan. Pronto vendrá.
Adios.
(Vase por el fondo.)

ESCENA X.

DOÑA MARIA y DOÑA FRANCISCA.

FRAN. Calmad mi recelo.
Vuestro hermano, ántes conmigo
tan bueno, es ya mi enemigo.

MARIA. La razon?

FRAN. Sábela el cielo.
De mi amante protector,
ayer mismo compartia
las penas y la alegría
de este combatido amor.
Hoy, por no sé qué capricho,
qué causa, si es que hay alguna,
le pesa de mi fortuna.

MARIA. No lo creais. Qué os ha dicho?
En qué mi hermano ha cambiado?

FRAN. Bien claro me dió á entender
que no es ya el mismo de ayer.

MARIA. Dejad eso á mi cuidado:
tranquilizaos.

FRAN. Y don Diego...
Don Luis, en celos se abrasa.

MARIA. Celos?

FRAN. Me halló en vuestra casa,
y está de cólera ciego.

MARIA. Yo templaré sus enojos.

FRAN. Qué buena sois!

MARIA. Lisonjera!
Quereis más?
FRAN. Ahora quisiera
ver serenos vuestros ojos.
MARÍA. Enjutos están.
FRAN. Quizás
es el principio...
MARIA. De qué?
FRAN. De vuestra calma.
MARIA. No sé:
hoy es una pena más.
¿Es un alivio la ausencia
de las lágrimas? —Dios mio!
¿Cómo se llena el vacío
que ha quedado en mi existencia?
FRAN. Pensando que no llevó
vuestro seno al que hasta aquí
tuvísteis por hijo.
MARIA. Sí;
es cierto: lo dudo yo?
Pero áun mi sér está lleno
de aquella felicidad.
¿Qué importa, si no es verdad
que le he llevado en mi seno?
Contra el cariño, ¿qué son,
qué pueden los desengaños?
Le he llevado tantos años
dentro de mi corazon!
FRAN. Pero os matais...
MARIA. No, hija mia!
Tambien, de esperanza llena,
pensaba yo que esta pena
con mi vida acabaría;
pero hoy toco la verdad:
tengo el alma traspasada,

y áun vivo! No digan nada
de nuestra debilidad.
¿Hay algo que sea tan fuerte,
hay nada más temerario
que la vida? y al contrario,
¿veis qué cobarde es la muerte?
Fiera, despiadada, impía,
al que la teme destruye;
mas no se atreve, ántes huye
de aquel que la desafía.

FRAN. La deseais?

MARIA. Qué he de hacer?

FRAN. Pedir al deber que os preste
fuerzas.

MARIA. Con dolor como este,
quién se acuerda del deber?

FRAN. En alma tan noble y fuerte,
cabe tamaña flaqueza?

MARIA. ¿Puede la naturaleza
engañarnos de esta suerte?
Si de la maternidad
miente el instinto profundo,
señora! no hay en el mundo
nada que diga verdad.
—Y estaba entre esas delicias
mi sér todo entretenido!
¿Por qué don Diego ha venido
á robarme mis caricias?

FRAN. Como que ocupó el lugar
en vuestro afecto el primero,
no amásteis al verdadero...

MARIA. Ay! ni ya le puedo amar!
Y yo he sido... esto es cruel!
de quien no era mi hijo esclava!
—Jesus! Jesus! Pues ¿no estaba

para enojarme con él?

FRAN. Calmaos.

MARIA. Todo me acobarda.

FRAN. Él va á venir.

MARIA. Dios me tenga
de su mano! —Y bien! que venga:
quiero verle. Porqué tarda?

FRAN. Nada hay que á vuestra alegría
desde este momento estorbe.

MARIA. ¿Verdad que no hay en el orbe
fortuna como esta mia?
¿Es verdad que no hay mujer
más dichosa?

FRAN. Si no es hoy,
más tarde...

MARIA. Y si no lo soy...
es que no lo quiero ser!
Alejaos, memorias locas,
de un error bastardo fruto:
todo es mentira! hasta el luto,
hasta el luto de mis tocas!
(Haciendo ademan de arrancárselas.)

FRAN. Eso qué importa?

MARIA. Con todo...

FRAN. No le ofenderá: me atrevo
á jurarlo.

MARIA. Yo no debo
recibirle de este modo.
El luto no sienta bien,
ni es justo en este momento
en que llena de contento,
debo darme el parabien.

FRAN. (Escuchando.)
Callad!

MARIA. Es él?

FRAN. (Mirando desde la puerta.)
Viene aquí.
MARIA. (Ya!) Rogadle que me espere.
FRAN. Valor!
MARIA. La suerte lo quiere.
FRAN. Lo quiere Dios.
MARIA. (Con resignacion.) Es así.
(Vase por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XI.

DOÑA FRANCISCA, DON GREGORIO y DON DIEGO por el foro.

GREG. Bueno será que dudeis
cuando vuestra suerte gana...
DIEGO. Digo yo tal?
GREG. (A doña Francisca.)
Y mi hermana?
FRAN. Os ruega que la espereis.
—Mi parabien, don Lüis.
(Don Diego la mira enojado.)
Cerca está tu desengaño.
(Aparte á don Diego.—Vase por la primera puerta de la izquierda.)
DIEGO. Sabeis que el caso es extraño?
GREG. Más de lo que presumis.
Y ¿no os alegrais de haber
hallado?...
DIEGO. No lo esperaba,
y... os lo digo en fin? Amaba
á aquella infeliz mujer.
GREG. Mucho?
DIEGO. La tuve por madre,
y siempre en el alma mia
está.
GREG. Pero todavia

vive de don Diego el padre.
Gozad la dicha que Dios
os manda; pero os prevengo,
y no lo olvideis, que tengo
que hablar más tarde con vos.

ESCENA XII.

Dichos y DOÑA MARIA.

DIEGO. (Mi madre!)
MARIA. (Es él!) Bien, hermano!
(Aparte á don Gregorio.)
Le has dicho ya?...
GREG. Nada ignora.
MARIA. Déjanos.
(Vase don Gregorio por el fondo.)
DIEGO. Madre y señora!
Dadme á besar vuestra mano.
MARIA. Mi mano! (El cielo me guarde!)
No! La vuestra está teñida
con sangre de aquella herida.
—Perdona! Luégo, más tarde.
DIEGO. Sangre hay en mi mano, sí;
mas si no me perdonais,
pensaré que no me amais.
MARIA. Y tú ¿qué sientes por mí?
(Pausa.)
—Hijo mio! ambos sufrimos
el mismo duelo á la par.
¿A qué hemos de aparentar
un amor que no sentimos?
DIEGO. Ya vendrá...
MARIA. ¿Digo que sea
imposible?
DIEGO. Sí: esperemos.

MARIA. Bien dices: ya nos iremos
acostumbrando á esa idea.
Mas ¿porqué han de ser agravios
recuerdos de verdad llenos?
No; que no manche, á lo ménos,
la mentira nuestros lábios.
¿Te he de decir que ya siento
amor?

DIEGO. No es tal mi egoismo.

MARIA. Y ¿para qué, si tú mismo
has de conocer que miento?
Sobre no ser natural,
indigno de los dos fuera.

DIEGO. Cuando os ví por vez primera
aquella noche fatal,
sentí, tal vez por virtud
de algun impulso secreto,
si no cariño, respeto,
veneracion, gratitud.
Como luego padecí
tanta inmerecida afrenta,
no he podido darme cuenta
de mis afectos.

MARIA. Yo sí.
Los mios fueron distintos.

DIEGO. Nada os dijo el alma?

MARIA. Nada.
Si yo estoy desengañada
de los humanos instintos!
Porque las fieras no dan
en ese error, á lo ménos:
dadles los hijos ajenos
y los desconocerán.
Nosotros hemos de ser
de condicion más grosera!

Lo que es fácil á una fiera,
no es posible á una mujer!

DIEGO. Hay quien presta al corazon
facultad tan peregrina...

MARIA. Sí, sí: dicen que adivina.
Error ó preocupacion!

DIEGO. Alguna vez así pasa.

MARIA. Alguna vez lo concedo.
Yo de mí deciros puedo
que cuando volvia á casa
aquel que no existe ya,
pero á quien tuve por hijo,
siempre el corazon me dijo:
«Despiértate, que ahí está!»
Mi hijo sois; yo no lo dudo:
os esperaba, sabia
que érais vos el que venía,
y ha permanecido mudo.

DIEGO. Y ¿he de ofenderos si os digo
que otra mujer fué mi gloria,
que aliento con su memoria,
que vive siempre conmigo?
Poco me amó; lo concedo,
sin hacerla de esto cargo:
poco me amó, y sin embargo:
¿porqué olvidarla no puedo?
He adorado desde niño
su imágen con fuerza tanta,
que estoy lleno de la santa
religion de su cariño.
Oh! no os quisiera ofender.

MARIA. Habla, y deja esos recelos.

DIEGO. Gracias!

MARIA. Yo no tengo celos,
ni aborrezco á esa mujer.

La amas: no me maravilla.

DIEGO. Recuerdo que temblorosa
una lágrima amorosa
ví una vez en su mejilla.
Paso á paso se acercó,
y en mí sus lábios clavando,
un beso tímido, blando,
por largo tiempo estampó.
¿Qué dulce mágia, qué hechizo
tuvo para mí aquel llanto?
Qué beso fué aquel, que tanto
mi corazon satisfizo?
Como fué tan á medida
de mi sediento deseo;
como fué el único, creo
no lo olvidaré en mi vida.

MARIA. Ya lo ves: no puede ser
otra cosa! Era preciso.

DIEGO. Nuestro destino lo quiso
así.

MARIA. Qué vamos á hacer?

DIEGO. Yo digo: «Cómo es posible
tan negra perfidia en ella?
¿Cómo hay quien diga que aquella
no era mi madre? Imposible!»

MARIA. Imposible?

DIEGO. Perdonad;
pero este afecto es tan nuevo!

MARIA. Sí.

DIEGO. Y á aquel beso le debo
toda mi felicidad.
Mas ¿quién sabe, madre mia,
lo que nos guarda la suerte?
Oh! yo haré que en vos despierte
la esperanza y la alegría.

MARIA. Contento, esperanza y calma,
para mi son nombres huecos;
mas los recuerdos son ecos
que no abandonan al alma.

DIEGO. Si alivian vuestro prolijo
afan, con tal que eso os cuadre...

MARIA. Guarda amor á aquella madre.

DIEGO. Y vos amad á aquel hijo.

MARIA. Sé feliz.

DIEGO. Yo? Podré ser
venturoso?

MARIA. Entre otros bienes,
debes recordar que tienes
el amor de una mujer.

DIEGO. No la nombreis.

MARIA. Porqué no,
si fué leal?

DIEGO. No conmigo.
Me ha engañado.

MARIA. Y si te digo...

DIEGO. No importa.

MARIA. (Con severidad.) Lo afirmo yo.

DIEGO. (Con humildad.)
Qué quereis?

MARIA. Vuelva á tu gracia.

DIEGO. Si hay razon, os lo prometo.
La hallé aquí...

MARIA. Fué con objeto
de evitar nuestra desgracia

DIEGO. Comprendo mi sinrazon.
No, no cabe en vuestra boca
la mentira, cuando os toca
tánta parte en mi opinion.

MARIA. Doña Francisca es muy dama:
con ella podeis casar.

Ya te puedes figurar
si miraré por tu fama.

DIEGO. Basta.

MARIA. Que os haga dichosos
el cielo.

(Vase por la primera puerta izquierda.)

ESCENA XIII.

DON DIEGO, y un momento despues DON GREGORIO.

DIEGO. Sí, ya no puede
ménos... —¿Qué mayores dichas
puedo pedir á mi suerte?

GREG. Don Luis, me habeis olvidado?

DIEGO. Es cierto.

GREG. A lo que parece,
alegre estais.

DIEGO. Ah, señor!
¿cómo no he de estar alegre?...

GREG. Mucho?

DIEGO. Si todo á mis ojos
felicidades promete.

GREG. ¿A pesar de aquella triste
historia?

DIEGO. (¿Qué es lo que quiere
decir?)

GREG. ¿Sois feliz, estando
vuestro duelo tan reciente?

DIEGO. Es verdad! Pobre don Diego!
Pero él se buscó la muerte;
no es verdad?

GREG. Y ¿estais seguro
de que nadie os la recuerde?

(Con ira.)

Vive el padre de don Diego.

DIEGO. (Despues de una breve pausa.)
Os comprendo, señor.

GREG. Y éste
no es hombre que de una ofensa
se olvida tan fácilmente.

DIEGO. Qué quereis?

GREG. Creyéndoos mi hijo
velaba por vuestra suerte,
y ahora advierto que en mi pecho
daba calor á una sierpe.

DIEGO. Habeis recordado tarde.

GREG. Áun no es mi brazo tan débil
como pensais.

DIEGO. No he querido
decir... Sé que sois valiente;
pero culpaos á vos mismo
que me colmásteis de bienes.

GREG. Yo escucho á mi obligacion.

DIEGO. Y yo obedezco á las leyes
de la gratitud: tenemos
deseos muy diferentes:
yo, señor, el de morir;
vos el de darme la muerte.

GREG. Tú morir, Diego?

DIEGO. Mi nombre
es don Luis.

GREG. No lo recuerdes.

DIEGO. No hay temor que me lo impida.

GREG. Te mataré.

DIEGO. Seré inerme.

GREG. Sal conmigo.

DIEGO. No, no debo.

GREG. O ¡vive Dios! que te afrente.

DIEGO. Señor! No lo hareis, sabiendo

que no puedo defenderme.
No ultraja un noble á un rendido.

GREG. En fin, ¿tánto amor me tienes?

DIEGO. Y sobre todo á la pobre
mujer...

GREG. Quién?

DIEGO. Quereis creerme?
Ahora siento que no sea
mi madre, aquella que tiene
tánto lugar en mi pecho.

GREG. Inés! Pobre Inés! —Quién puede
herirle? Pero es preciso!

DIEGO. Huiré de vos.

GREG. Alguien viene.

ESCENA XIV.

Dichos y GIL, por la segunda puerta de la izquierda.

GIL. Chit!.

GREG. Gil! ¿qué haces aquí?

GIL. Vengo
á ver si vuesas mercedes
me sacan de este pantano,
y de un pecado me absuelven;
ó mejor, de dos pecados,
porque tengo ya otro en ciernes,
quiero decir, empollando.

GREG. Bien! Bien! Más tarde...

GIL. No puede
aplazarse este negocio.

GREG. Habla, pues, pero sé breve.

GIL. Se trata de aquella historia.

GREG. Tienes más que decir?

GIL. Siempre
se ocurre... Pero dejad

que por sus pasos lo cuente.
Allá cuando nos llevaron
al Dieguillo, muchas veces
sorprendí al padre, mirándole
con una cara de hereje.
El temor de doña Inés,
su indiferencia aparente
hacia aquel hijo, pusieron
en aprieto mi caletre.
En fin, don Pedro no amaba
al chico. Yo, sin meterme
á averiguar las razones
de aquel rencor evidente,
dije acá para mi sayo:
«Cuando quiera sustraerle
á cualquier riesgo la madre
¿no podrá fingir su muerte?»
Los niños estaban juntos:
de esto á imaginar el trueque,
cosa posible, contando
con aquella mala fiebre
de mi Blasa...

GREG. Acabarás?

DIEGO. Pero en fin?....

GIL. El caso es este:
que yo he dicho... lo que he dicho;
que vuestra hermana pretende
que lo jure.

GREG. Y con razon.

GIL. Pero hay cierto inconveniente.

DIEGO. Inconveniente?

GIL. Y de bulto.
No puedo.

DIEGO. Y porqué no puedes?

GIL. Se trataba de salvaros:

yo recordé aquella especie,
la eché á rodar...

GREG. Dios del cielo!

GIL. Y puesto ya en la pendiente,
resbalé, digo, caí,
como saben vuesarcedes.
Mas si me mandan jurar,
no lo juro, aunque me pelen.

GREG. Luego es mentira!

GIL. Mentira.

DIEGO. (Abrazando á don Gregorio.)
Señor! Señor!

GREG. (Aparte á don Diego.)
Imprudente!

DIEGO. Pero...

GREG. ¿No ves que el secreto
de tu infeliz madre vendes?

DIEGO. Teneis razon.

GIL. Mas cuidado
con que señora sospeche...

DIEGO. (Gritando.)
Doña María! Señora!
Venid.

GREG. Qué haces?

ESCENA XV.

Dichos, DOÑA MARIA y DOÑA FRANCISCA por la izquierda.

MARIA. Quién me llama?

DIEGO. Sois víctima de una trama
que os lastima y me desdora.
Despiértese vuestra ira.

MARIA. Don Luis!

DIEGO. Don Diego es mi nombre.

MARIA. No es mi hijo.

DIEGO. Fué de ese hombre
una piadosa mentira.
Yo, aunque me cueste el honor,
de mi madre no reniego.

MARIA. Dios os lo pague, don Diego,
que me volveis mí dolor!
—Pero eso es verdad?

GREG. Sí.

GIL. Sí.

MARIA. ¿Quién me dijera que habia
en el mundo una alegría
reservada para mí!

GIL. Por piedad, por caridad,
como os ví de angustia llena,
os causé esta nueva pena.

MARIA. Y á eso le llamas piedad!
Déjame: estoy ofendida.

GIL. Señora!

MARIA. No vuelva á verte.
—Este es el dolor más fuerte
que ha lastimado mi vida.
—Don Diego, aunque á mi pesar,
tengo esto que agradeceros:
sé que puedo aborreceros...
y que os debo perdonar.

FRAN. Es posible!

MARIA. No se diga
que mi palabra quebranto.
Me costará mucho! tanto!....
pero en fin, *nobleza obliga.*

FRAN. Gracias!

DIEGO. Gracias!

MARIA. Id con Dios!
Dichosa vuestra union sea;
pero que yo nunca vea

á ninguno de los dos.
—Memorias! tended las alas
dando á mi dolor tributo!
Vengan mis tocas de luto,
que serán desde hoy mis galas.
(Cayendo de rodillas.)
Dios bueno!

FRAN. (Aparte á don Diego.) Pobre mujer!

GREG. (Aparte á doña Francisca y á don Diego.)
Salgamos.

MARÍA. Que feliz soy!

FRAN. (Desde la puerta de salida.)
Feliz dice!

MARIA. Cuánto voy
á llorar y á padecer!

FIN DE LA COMEDIA.

University of British Columbia Library

DUE DATE

ET—6

Shn

611859

UNIVERSITY OF B.C. LIBRARY
3 9424 03768 6067